B
R789m

49795

LIBRARY
UNIVERSITY OF PUERTO RICO
FOUNDED 1903

Rosario RIO PIEDRAS, P. R.

Mis cinco años de maestro

B
R789m
49795

PUERTO RICAN COLLECTION

NO SE PRESTA FUERA DE LA SALA

Date Due

NO SE PRESTA FUERA DE LA SALA

Mis Cinco Años

—de—

Maestro Rural

—POR—

ISAAC DEL ROSARIO

Managua
Imp. La Voz Escolar (el Pedrera)
1920

B
R789m

49795

COLECCION PUERTORRIQUEÑA
UPR RIO PIEDRAS

DEDICATORIA

A todos los que día tras día van regando por nuestras montañas la semilla de la verdadera libertad.

A todos los maestros y maestras rurales ya ancianos a quienes las obligaciones familiares no han dejado progresar en su carrera.

A todos los maestros y maestras rurales jovenes que llegan llenos de brío a ocupar el sitio de los que caen fatigados, o de los que dejan el campo en busca de horizontes más claros y más productivos.

A todos los que una vez (haga pocos años o haga mucho tiempo) pasaron por la prueba de ser profesores rurales, a todos dedico este libro, que es un relato sencillo de mis cinco años de maestro en los campos de nuestra isla.

Con toda mi consideración y con todo mi respeto y lealtad.

El Autor.

A LOS LECTORES DE ESTE LIBRO.

Querido lector, te supongo maestro, uno de los miles de buenos y abnegados ciudadanos que se han impuesto la misión —muy noble pero ingrata—de reconstruir el cuerpo social de nuestro país. Y considerándote maestro, estoy seguro de que comprenderás lo que deseo decirte.

Comenzaré por advertirte que al abrir este libro, te hallas en el umbral de una hasta hoy ignorada caverna que guarda un tesoro. ¡Que la codicia no dilate tus ojos, al pensar que vas a encontrar un rico filón de oro! Ponte a cubierto de semejantes impresiones. Ni mucho menos pienses que vas a hallar diamantes, rubíes, esmeraldas y amatistas por puñados, puestas al alcance de tu mano por una invisible hada bienhechora. Y pára mientes de pensar en "peluconas" por montones, ni en numerosos paquetes de esos papeles que, pintados con diversos colores para significar sus distintos valores, hacen cambiar de tintes pasando por todos los del iris, al que con mesa pobre y bolsa flaca los contempla. Te equivocas si así piensas.

Si al salir de la decepción que te produjo el párrafo anterior, te sientes con suficiente valor para penetrar en esta cueva misteriosa, descorre el dintel—sal-

tando esta introdución—y con paso firme, con mirada escrutadora, con mente amplia y con voluntad decidida, da el primer paso .....¿Ya está?.....Pues, hete, amado lector, frente al inagotable filón en una mina, la más rica de todas as que el hombre pudo descubrir, y la más productiva cuando el hombre la sepa explotar. Estás en presencia de la "mina de la experiencia", y ella te dará la plata de la verdad, el oro de la ciencia, el rubí de la voluntad firme, la esmeralda de la fe. ¿Aprecias y codicias esos metales? ¿Conoces sus valores? ¿Conoces el secreto de su uso? .....Pues, ¡adelante! No pierdas tiempo en recoger las arenillas auríferas que ves a la entrada. Penetra en la mina, que la luz de la razón te ilumine y que la fuerza de la bondad te impulse. Y cuando te sientas rico por la posesión de esos tesoros, no seas avaro guardándolos para tí; ni seas usurero dándolos en tanto por ciento. Dalos a manos llenas, que los tesoros de la bondad, de la ciencia y de la experiencia, son inagotables cuando de ellos se sabe extraer.

Y, ahora te veo curioso ¿Deseas saber el Mago que produjo este milagro? Pues te diré: Hace treinta y siete años, ni más ni menos, que allá, en una ciudad del occidente de Puerto Rico, llamada la Sultana del Oeste, (porque según viejas historias allí tuvo su señorial palacio una hermosísima mujer árabe arrebatada a la gentil Granada por uno de aquellos caudillos aventureros que nuestros progenitores enviaron a la rica América para poner los primeros cimientos de una civilización cristiana, allá por el siglo XV) nació un infame, que al través del tiempo (y del espacio) había de convertirse (como todos los niños que no se mueren) en chico, en muchacho, en mozalbete,

en adolescente, en mozo y en hombre. Y mientras ocurrían todas esas transformaciones que nada tienen de sobrenaturales, el chico aprendió a leer y escribir; el muchacho supo de aritmética, historia y geografía; el mozalbete probó a descifrar los textos latinos; el mozo catá los diversos sabores con que la vida nos regala, ora de pasante en una escuela particular, ora de escribiente y pichón de pica pleitos en un reputatado bufete de abogado: y el hombre, saturado por lo menos de ciencia y de experiencia, se hizo maestro rural; y el maestro rural dió los mejores años de su vida a la magna obra de la regeneración de nuestro pueblo por medio de la educación, ganando el pueblo con las enseñanzas del maestro y creciendo el maestro a impulso de la práctica y la experiencia. Y así lo vemos hacerse maestro graduado, graduado de inglés, acting principal, maestro principal y subinspector de escuelas Y las ricas cosechas que obtuvo de todo lo que sembró durante la larga práctica profesional, la almacenó para ahora ofrecerlas sin medida y sin tasa a todos los compañeros de profesión, sin distinciones ni privilegios para nadie.

¿Qué quién es ese benefactor?.....¡Cuidado que son curiosos los maestros, particularmente las maestras! Paciencia, amigos. Pensad en un maestro mayaguezano que siempre fué un compañero leal y un hombre cumplidor de sus deberes; pensad en un maestro que ha sido siempre un mantenedor de la Asociación de Maestros de Puerto Rico, habiendo ocupado puestos en la dirección de esta institución; pensad en un corazón generoso; pensad en un hombre franco y jovial, que ríe, que ríe siempre, que la sonrisa es eterna en sus labios,.. ...y tendreis a nuestro

hombre. ¿No aciertas? Pues, aun a trueque de mortificar la modestia de mi biografiado, te diré su "santo y seña": su nombre es bíblico. ISAAC; y su apellido es cristiano, ROSARIO; y el hombre, que todo lo arregla a su modo, unió esos dos significativos nombres, y lo llamó ISAAC DEL ROSARIO.

Y ahora, lector, ¡que sepas usar los bienes que este tesoro te brinda! Si así, lo haces, el Mago te llevará de la mano a otros ignorados sitios donde te enriquecerás con las satisfacciones que el "bien" practicado por el bien mismo, proporciona.

Tuyo cordialmente,

José González Ginorio.

1920

CAPITULO I.

Algunas Explicaciones Necesarias

Quien era el Autor cuando obtuvo la licencia de Maestro Rural.

Yo fuí crianza de mujer. Crianza de madre y abuela.

Huelga, pues, decir que crecí mimado y consentido.

Sobre todo por mi buena "mamabuela."

De sus quince o más nietos solamente yo era el que vivía a su lado.

Y ella aprendió a jugar "embique" para enseñármelo a jugar a mí.

Aprendió a bailar un trompo para ser mi profesora de trompo.

Y no aprendió a jugar volantín, que era mi pasa tiempo favorito, porque ya eso resultaba muy complicado para una viejecita bondadosa como aquella.

Pero iba conmigo a verme "encampanar" la "picúa" o el "bacalao".

Y me embollaba el hilo.

Y me desenredaba los enredos.

Y cuando fuí por primera vez a la escuela ¡claro está! fué ella mi acompañante a la escuela de primeras letras.

Olvidaba decir que con ella y conmigo iba mi perro Regalo.

De mediana estatura. Lanudo. Chocolatado.

En la puerta nos recibió la intructora doña Demetria. Que en paz descause.

Con unos espejuelos en mitad del puente de la nariz.

Y una correa de tres dedos pendiente de la cintura.

A pesar de su aspecto bondadoso.

Y de sus palabras cariñosas.

Mientras mi abuela charlaba con la profesora, de los achaques, de lo caro del carbón, del último hijo de la vecina, de mis clases, etc. permanecí callado, aunque intranquilo y medroso.

Pero cuando la ví despedirse y ví que me dejaba con mi silla y mi cartilla entre otros quince o veinte pequeñines, prorrumpí desolado a llorar.

Pero aquello fué pasando poco a poco.

Primero fué llanto de lágrima y quejido.

Después, sollozos.

Luego, tranquilidad.

Se me acercó, la maestra.

Gruñó Regalo, bajo la silla.

Y: "No llores hijito, que ahoritita viene doña Amalia a buscarte."

Volvió en efecto. Como a las once.

Pero regresó conmigo a la una.

Y al otro día a las ocho.

Y en varios días después.

Hasta que pasó un año y pico.

Cuando ya yo sabía leer. Y escribir.

Tenía seis años, entonces.

Un vecino panadero que no sabía "nada de letras" iba a casa dos veces por semana para que yo leyera las cartas de su esposa residente en Cabo Rojo.

Y para que las contestara.

Y me pagaba mi trabajo. Indirectamente.

Trayéndome de cuando en cuando "panes de rosca." Y galletas de huevos hechas expresamente para mí.

También un militar conocido me tomó por secretario. Era un cabo del batallón Alfonso XIII, llamado Pedro.....

Y todas las tardes, a las tres ya mi abuelita me había puesta de "punta en blanco", y enseguida sonaba su voz:

"Trae tu sillita. Busca el Juanito"

Léeme el cuento de Eco. o léeme el cuento del Bosque"

Con aquella práctica constante. que no desmayaba en sus empeños. progresé rapidamente.

Y pasé a la Escuela Superior donde estuve cuatro años.

Y de allí al Liceo de Mayaguez que era donde se cursaba el bachillerato como preparación para empezar cualquier carrera en España o en el extranjero

El profesor de la Escuela Superior se llamaba don Patricio Arnaldo

Un viejecito fino

Un hombre ilustrado.

Un buen viejecito.

Que me distinguía demostrándolo muy pocas veces pero elocuentemente cuando lo hacía.

Tenía sus ayudantes. Unas veces D. Enrique. Otras veces D. Alfredo. Otras veces Patricito. Hijos suyos los tres.

Y todos los días, D. Ramón.

¡Que miedo le teníamos todos a D. Ramón!

Era el hombre de las conjugaciones y de los análisis.

Y nos ponía nerviosos. Muy nerviosos.

Tanto, que muchas veces sabiendo las preguntas confundíamos las respuestas.

Conjugando el verbo caber, en su pretérito perfecto, recuerdo que dije yo un "yo cupí" que hizo poner verde a D. Ramón. Y él luego se encargó de ponerme "amarillo" a mí.

Y perdí mi puesto segundo en la fila de la clase .....

Ya más grandecito (13 años) fuí aceptado en el Liceo de Mayaguez después de sufrir un examen oral, y pagar una matrícula de unos once pesos.

Aquello era harina de otro costal.

Los libros costaban dinero. Y costaban mucho dinero.

Los maestros eran varios. El Dr. Eliseo Font y Guillot, el Dr. Antonio Rosell, el Dr. Arturo Monagas, D. Tomás Vera, D. José Mte. Camacho, D. Luis Brau y D. Francisco Vincenty Polanco, que era el Director.

Y el primer año teníamos que aprobar geografía y un curso de latín.

¡Que terror sentía yo en la clase de latín!

Yo no podía comprender el dominus, domini, el musa, musae y el templum, templi.

Y lloraba en mi casa mientras estudiaba aquellos enredos.

Y soñaba con el "Quousque tamdem" de Cicerón,

Y renegaba de aquel espantajo de idioma que para cada nombre castellano me quería

forzar a que aprendiera doce formas enrevesadas.

Pero pasé el primer año: Sobresaliente en Latín, Sobresaliente en Geografía.

Y el segundo año, Historia Universal y segundo curso de latín. Y lo pasé también.

Y al tercer año: francés, primer curso de matemáticas, filosofía y retórica y poética.

Y lo pasé también.

Y pasé el cuarto año.

Era el año de la guerra hispano-americana.

El Liceo sostenía principalmente sus gastos, de las entradas que le proporcionaban los alumnos internos.

Eran unos veinte, y procedían no solo de Mayaguez sino de varios pueblos de la isla.

Y, naturalmente, el estado de la intranquilidad que siguió inmediato a la invasión americana en nuestra tierra impidió que los alumnos regresasen a continuar sus tareas en el colegio.

Y se cerraron las clases no pudiendo cursar el quinto y último año de bachilleres los que habíamos llegado solamente hasta finalizar el cuarto.

Ya tenía yo 17 años y precisaba aumentar en alguna forma el caudal económico con que contribuía al sostenimiento de mi hogar.

Hasta entonces había ayudado a mi laboriosa madre comprándome yo mismo mis zapatos, pañuelos, cuellos y corbatas con el producto de mi trabajo al copiarle las lecciones de Filosofía o de Historia (de cuyas asignaturas no había textos impresos) a otros alumnos más haraganes, pero más afortunados que yo..

Y aquella copia tenía dos fines:

Me proporcionaba algún dinero·

Y me enseñaba la lección, porque copiándola dos veces, para dos de mis compañeros, al terminar mi trabajo, era muy poco lo que me quedaba por aprender de aquella lección copiada.

Abriéronse las clases en otros colegios públicos; y necesitándose un ayudante en el del profesor don Manuel Arroyo fuí llamado y colocado por la cantidad de quince pesos mensuales, para enseñar las clases más atrasadas.

De aritmética, español, geografía, escritura e historia sagrada.

Debo confesar que no me gustaba aquel campo de actividad.

Y estuve en él solamente dos meses, pasando a ocupar un puesto de escribiente con mejor sueldo (20 pesos) a la oficina del Dr. en Leyes D. Antonio Manrique de Lara.

Allí se encargaron el doctor Manrique y

su compañero de bufete el abogado don Robustino Biaggi de orientarme en la nueva época que empezaba para la isla de Puerto Rico.

"Estudia inglés" me decían: "no pasará mucho tiempo sin que ese idioma sea una necesidad para cualquier joven que desee progresar."

"Prepárate para examinarte de maestro" me decía el Sr. Biaggi.

"No me gusta ser maestro" contestaba yo.

Y empezaron a obtener sus licencias de profesores, y a colocarse como tales, todos mis compañeros del colegio.

Carlos Urrutia, Carlos y Arturo Reichard, Fernando Rodil..... y otros muchos menos equipados que ellos desde que el punde vista intelectual.

Y al continuo consejo de "Estudia inglés" me decidí a emprender la jornada y compré una Gramática Robertson, grande.

Y escogí a mi amigo Luis Torres Colón como maestro. El me daría tres clases de inglés y yo a él tres de francés semanales.

Y en efecto llegamos a dar .....una clase.

Estaba enamorado él, y nunca podía conseguirle en su casa.

Me determiné a seguir solo.

Y lección tras lección iban pasando las

ideas de las páginas a mi memoria.

Y seguían saliendo maestros a granel. En cada examen, 15, 20 ó 25.

Y con 19 lecciones del Robertson bien aprendidas y un repaso general de las otras asignaturas por encimita, me lancé a la aventura del examen para maestro rural.

Después del examen, pasaron unos 15 días y ya yo me creía "colgado" cuando una mañana Máximo Alemar, el Cartero, a quien yo importunaba todos los días con mis preguntas me trajo el sobre grande que contenía la licencia.

Fué día de regocijo, aquél. Mi principal me pagó la semana adelantada y me dijo:

"Echalas de fiesta, hoy: deja ese trabajo y no vuelvas esta tarde".

Llegué a paso de ataque a mi hogar en la calle del Oriente.

En todos los días anteriores, siempre que llegaba yo de mis quehaceres, salía a esperarme a la puerta de casa, mi hermano menor, que tenía unos tres años y a quien habíamos acostumbrado a que me dijera "papá", a causa de estar el nuestro ausente en Santo Domingo.

Colgándoseme de las piernas siempre me decía: "Papá, maeto, papá maeto" en su media lengua que tanto me agradaba oir.

Y yo al ver la insistencia del pequeño, tomé aquella exclamación como un buen augurio; pero como pasaban los días y la licencia no llegaba, acabé por impacientarme un poco cuando oía el "papá maeto" y contestaba medio triste y medio de mal humor: "Tú me tienes salado, chico, con tu "papá maeto".

Pero el día que llegó la buena noticia fuí yo que le dije: Dilo ahora, dilo duro: "papá maestro".

La alegría fué general.

Por fin ya era yo profesor de intrucción pública.

CAPITULO II,

Mi Primer Viaje a Caballo.

Era el año 1902 en su mes de Septiembre y, a mediados del mes.

Estaba próximo a empezar el nuevo curso escolar y el buen Dr. Manrique y el muy bueno don Robustino se fueron a San Germán donde él primero tenía grandes amistades y el segundo nexos importantes de familia.

Ambos consiguieron de la Junta Escolar de San Germán, dos escuelas.

Una para Santos Biaggi, otro maestro de entrada reciente en la profesión, y otra para mi.

Minillas, para él.

Rosario-Peñones, para mi.

La de Santos, cercana a la población, según él me decía.

La mía algo distante. Luego veremos cuánto distante.

Terminé mi contrato, y entonces supe que iba a ganar 30 pesos de sueldo y 3 pesos que me darían para casa vivienda.

Como llegamos a San Germán un día antes del comienzo de las clases y en aquella época se exigía menos que ahora (o sabíamos menos de achaques escolares) nos quedamos en la ciudad de las lomas y después de ver a Banobelab en función de magia, escamoteo y telepatía, pernoctamos en el hotel de don Vicente.

Llegaríamos al hotel como a las once, y al entrar al aposento que nos habían asignado notamos que había otra cama más además de las dos nuestras y que en la cama había un hombre ya dormido.

No nos gustó mucho aquella compañía inesperada pero no nos quedó otro recurso que echarnos a dormir.

"Santos, mi compañero, me decía" Vámonos para casa de tío Arturo. Yo no conozco a este hombre. Puede ser bueno, pero puede ser malo".

Y repliqué: "Es muy tarde ya para irnos a casa de tu tío, y es tarde también para pedir que nos den otro aposento. Así es que acostémonos y durmamos con un ojo solamente".

Todo esto a media voz. En tono casi imperceptible.

Nos acostamos a medio vestir. Es decir, menos gabán y zapatos, y cuello y corbata, todo lo demás nos lo dejamos encima.

Incluso las medias con las pulgas del teatro y del hotel.

Cada cinco o diez minutos dábamos, o Santos o yo, una nueva vuelta que hacía crugir el alambre de la cama.

Si era Santos quien daba la vuelta, era yo quien abría los ojos para saber si pasaba algo.

Y vice versa. Si era mía la vuelta dada, eran de él los ojos abiertos.

Pasaron algunos instantes que parecieron muy largos

Y vimos aterrorizados a la media luz del quinqué que el hombre se levantaba de su cama.

Y avanzaba hacia un ángulo del aposento.

Tuve deseos de correr. De gritar.

¡Cuánto hubiera dado por estar al lado de mi madre!

El corazón marchaba a toda velocidad.

Parecía querer romper los espacios intercostales.

Santos se había medio incorporado sobre la almohada.

Y vimos al hombre sentarse en la esquina del cuarto sobre un sillón que crugió en todas sus junturas al acomodarse el hombre en él.

Y mucho más cuando empezó a mecerse el sujeto con balanceo nervioso.

Y súbito un quejido. Un ay.

Y luego otro. Y otro.

Y sonaban los ayes nerviosamente también a compás de los balanceos del sillón.

Y vimos que destapaba una botellita.

Y se frotaba las rodillas con el líquido de ella.

Líquido cuya aroma llenó todo el recinto.

Era bálsamo de opodeldoc.

Sonaron las tres.

Seguía enfriándose la madrugada y seguían más agudos los ayes de nuestro vecino.

Y continuaban las manos del paciente y el líquido de la botella en lucha contra el dolor.

Y el ambiente se saturaba de aquel olor insoportable ya.

Santos se cubrió la cabeza con la frisa.

Yo, ¡infeliz de mi! ni eso podía hacer por-

que mi abuela me había enseñado, y me había acostumbrado (y todavía conservo la costumbre) a cubrirme todo el cuerpo mientras dormía. Todo el cuerpo, menos la cara.

Y tuve que aguantar el oleaje del espíritu del opodeldoc.

Los quejidos del enfermo, los crugidos del sillón, los tic-tacs del reloj del hotel, el fuerte olor del aposento, los latidos de mis sienes doloridas por el malestar, la respiración fatigosa de Santos bajo su frisa..... ¡qué noche, Dios mío!

¡Qué estreno para mí que pasaba por primera vez la noche en un hotel en cambio de mi hogar!

Pasaron siglos. Quiero decir horas, pero para mi fueron eternidades más que siglos.

Y se vió la primera claridad del día.

Y me senté en el borde de la cama y cogí mis zapatos.

Seguido Santos hizo lo mismo.

Ya andaba un mocetón con un farol por las interioridades del hotel, y nos salimos a la calle.

A respirar aire fresco. ¡Aire sin opodeldoc!

Y nos fuimos a la plaza del pueblo, regresando al hotel a las siete a tomar café.

El hombre del sillón estaba en una de las

mesas del comedor, cuando don Vicente nos preguntó. ¿Qué tal pasaron la noche?

"Bastante bien," contestamos; soltando por respeto, y obligadamente, nuestra primera mentira convencional dirigida a un hombre que peinaba canas.

Una hora después fuimos a buscar los libros y enseres para nuestras escuelas.

Y luego, los caballos para montura y para transporte de los útiles.

Una vez montados y con nuestro peón cada uno emprendimos la marcha despidiéndonos de D. Robustino, padre de Santos, que hasta entonces había sido nuestro angel tutelar buscando todo cuanto necesitábamos, desde los lápices y la tiza hasta el hotel. (ojalá no lo hubiera conseguido)

Y al llegar al río de San Germán dijo el peón de Santos: "Bueno, ahora ustedes cogen por allí (y señalaba un camino que se veia al otro lado del río) "nosotros tenemos que seguir derecho".

Nos dijimos adios apretándonos las manos muy fuertemente, y sentí entonces en toda su fuerza y en toda su amplitud la idea de que yo había entrado en el mundo.

Ya no podía contar con mi madre, ni con el Dr. Manrique ni con D. Robustino, ni con Santos.....

Tuve intenciones de regresar a San Germán para volverme a casa, pero ¡qué diría el peón que iba conmigo y que era un muchacho también?

Y cruzamos el río. Ancho, hondo, tranquilo de corriente, al menos en aquel vado.

Y al poco rato otro paso de río.

De otro río. Más pequeño pero más sinuoso.

Y tras breves instantes otro paso de río.

Del mismo río.

Y otro paso de río Y otro más. Y otro. Y otro nuevo paso de río. Y otro. Y otro más. Y otro. Y nuevo paso de río. Y uno más aún. Y otro más Y otro.

Yo perdí la cuenta. También fué verdad que el camino se nos perdió unas cuatro veces; pero días más tarde, una vez instalado en el barrio, y en ocasión que tuve que ir a San Germán, pude contar los pasos de río

Eran veintiuno con el del río grande de San Germán.

Y todavía son veinticinco. No ha cambiado en nada la tierra por aquellos andurriales, según me informan.

Anda, anda, anda, justamente como en los cuentos de mi niñez, unas veces por el agua, otras por cascajo, otras por entre cafetales y otras por debajo de peñones sobresa-

lientes, llegamos a una tienda a la orilla derecha del camino con una quebrada a la espalda y el río a unos treinta metros más allá.

Serían las diez de la mañana.

"Buenos días" dije al dependiente.

"¿Vive muy lejos de aquí el Sr. Francisco Quetglas?"

"Esta tienda es de él" me contestó el interpelado."

"¿Está él aquí?"

"No Hoy está en Mayaguez comprando provisiones"

"¿Vendrá pronto?"

"No sé; tal vez no tarde."

"Yo soy el profesor que viene para este barrio y me interesa saber si D. Francisco puede darme hospedaje aunque sea por unos días."

"Desmóntese y espérelo."

Y entregué el caballo a un peón. Le pagué lo convenido. El descargó los libros. Yo le ayudé. También ayudó el dependiente.

"Aquí no hay sillas pero usted puede usar este "guilincho" de hamaca."

No se apure, lo mismo me siento en una silla que aquí en estos sacos."

Y dicho y hecho. Me deje caer sobre unos de arroz que había cerca de la puerta.

"¿Usted es de San Germán o de Mayaguez?"

" De Mayaguez", respondí.

"Le pregunto, porque a mí me parece haberle visto en Mayaguez".

"Puede ser". ¿Y la escuela, donde está?"

"Esa casa última, por dónde usted pasó, frente al río, ésa es.

"Voy allá un momento. Hasta ahorita",

"Adios, maestro.

Aquel dependiente me hizo sentir con aquel "adios, maestro" la importancia del papel que iba yo a desempeñar en el barrio.

Y sentí orgullo. Y sentí miedo. Orgullo por el título. Miedo de que mis conocimiento y mis fuerzas no fueran suficientes para la obra.....

La casa escuela era de madera. Vieja. Casi ruinosa. Con un solo seto; por lo que se veían descubiertos por el interior los trozos de vigas y piernas fuertes de la armazón de la casita.

Estaban lavando el piso cuando llegué.

Subí los escalones, porque era de altos; me detuve en el balcón, examinando los alrededores y el panorama que se distinguía desde ella.

Al frente un glacis viejo, lleno de yerbas. A un salto del glacis la vereda vecinal y a un salto de la vereda la confluencia de la quebrada y el río. Al otro lado del río una vega sembrada de café, y al otro lado de la

quebrada otra vega cubierta de yerbas silvestres de guabas y guamás como sombra protectora de los cafetos que albergaban y más lejos aún la abrupta "cuchilla" como llamaban allí al camino que estaba en la divisoria de la montaña.

A la derecha, a la izquierda y por detrás, cafetos cargados con bayas verdosas entre las que asombraban algunas rojizas.

A poca distancia se veían enhiestos y altivos los peñones que han servido para dar al barrio el nombre de Rosario Peñón.

Dos puertas al frente hacía el balcón, una ventana al saliente, dos al poniente y dos puertas por detrás servían para dar paso a la claridad y a la ventilación.

No había pizarras.

No había bancos.

No había mesa.

Ni armario.

Ni silla.

Nada.

Una casa recien blanqueada y con el piso empapado de agua del río.

Eso era todo.

Volví a la tienda. Pregunté al dependiente donde estaban los muebles de la escuela y me dijo que el barrio nunca había tenido escuela; que aquel era el primer año en

que iba a establecerse.

Sentome a pensar. Y al mismo tiempo observaba al dependiente mientras él despachaba a un parroquiano.

Se llamaba Bautista pero le decían Tista, sus conocidos.

Era trigueño, bien parecido, a pesar de las huellas multiplicadas y profundas que la viruela dejó en su rostro. Nariz gascona, ojos pequeños y llenos de viveza y astucia.

Movíase diligente, de los semilleros al mostrador, del mostrador a la trastienda, y de la trastienda a la romana donde tenía que pesar el café "enjugado" con que pagaban parte de su cuenta los "marchantes".

Y era cariñoso con todos. Y legal en sus ventas. No daba de más, pero tampoco daba de menos.

Me avisó que me fuera a "la casa" a almorzar con la familia de "D. Pancho" como él lo llamaba; pero ya yo empezaba a simpatizar con él y preferí hacerle compañía.

Cuando llegó su almuerzo que vino doble (tal vez por algún aviso que el envió a escondidas de mí) partió conmigo.

Arroz blanco, gandules guisados, tostones y bacalao en manteca de cerdo. Café con leche en una tetera.

El pan lo cogió él de la tienda.

Y un poco de mantequilla, además.

"Maestro", ¿no quiere usted un poquito de..... .....(no se atrevía decirme) de..... de la mañana? Es "un romito" muy bueno que tenemos aquí".

"Gracias, Bautista; lo que sí le agradeceré es que me preste un pedacito de jabón, aunque sea Rocamora, para lavarme las manos".

"¡Como no!" dijo. Y me trajo su jabón de lujo. Un jabón "Novia" que tenía en su baúl, en la trastienda.

Quería ayudarme al lavado de manos vertiendo agua sobre éstas mientras yo me estregaba, pero fuí a la quebrada y le ahorré la molestia que él, generoso, quería tomarse.

Y almorzamos en paz de Dios.

El de pie ante el mostrador, Yo sobre un cajón ante una mesa con aspecto de escritorio.

Al terminar de comer ya había yo decidido escribirle al inspector de escuelas acerca de lo desprovista que había encontrado la mía y pregunté a Bautista:

"¿Podré conseguir alguna persona que quiera hacerme el favor de llevarme una carta a San Germán? Le pagaré por su trabajo además de agradecérselo".

"¿Por qué no espera al urbano? Mañana es día de que él pase para San Germán.

"¿Tienen urbano aquí"?

"Sí cada semana pasa tres veces y lleva la correspondencia del Rosario y la de aquí hasta San Germán y trae la de allá para acá. Baja por las mañanas y sube por las tardes".

"Esperaré a mañana, entonces"

Pregunté por el comisario del Barrio y me fuí a verle.

Era un hombre joven, lleno de salud, con unos carrillos plenos de vida, unos ojos alegres y un gran bigote negro.

Me recibió con amabilidad, y a los dos minutos hablaba y reía conmigo como lo hubiera hecho con una persona amiga de muchos años.

Aquel recibimiento cordial me animó mucho.

Le conté acerca de la escuela y le dije que necesitaba su ayuda.

Se puso a mis órdenes y entre los dos, sirviendo él de guía, hicimos planes para abrir la escuela al día siguiente.

"La mesa para usted la puede prestar D. Pancho. Lo mismo que la silla".

"Yo mandaré un banco largo donde caben 12 muchachos".

"El compadre Antonio mandará otro banco.

Y además buscaremos una caja para poner los libros".

Y así fué. Dos horas más tarde la escuela tenía tres bancos largos, una mesa, una silla, y un cajón grande.

Regresé a la tienda, y de tres a cuatro comenzaron a llegar las cogedoras y los cogedores de café.

Al ver al desconocido todos bajaban el tono de la voz y Bautista iba haciendo una especie de presentación informal.

"Este es el maestro", decía él.

Y yo aprovechaba la ocasión para darles la mano y decirles que las clases empezarían a la mañana siguiente; que me mandaran a sus niños; que yo esperaba ser un buen amigo de todos ellos.

Iban llegando también las personas influyentes del barrio para arreglar en la tienda las cuentas de los "vales", tomados por sus cogedores de café.

D. Avelino Pérez. Alto, blanco, canosos el pelo corto y el hermoso bigote.

Ojos medio claros que despedían ondas de simpatía; sobre todo al sonreir.

Cariñoso y patronal, demostrome ense-

guido que era uno de los hombres de "peso y medida" en Rosario Peñón.

D. Sandalio Rivera. Alto y enjuto. Blanco; de ojos de un azul profundo y luminoso. Impecable su vestimenta. Pechera bien planchada, puños de camisa rectos e inmáculos.

Pausado en el hablar, su aspecto físico era el de un coronel retirado y el tono de su voz el de un diplomático entendido.

D. Antonio Rodríguez.

Franco, sencillo, lleno de salud y de robustez.

Su mirada tímida y su sonrisa atractiva hablaban bien claro de la belleza de su alma.

Era (y aún es) el mayor terrateniente del barrio, el hombre de familia más numerosa, y el propietario que contaba con mayor número de amigos.

D. Basilio Gandulla.

D. Chilo le llamaban sus conocidos.

Moreno y muy alto, era la personificación de la bondad y de la timidez.

Cuando hablaba con uno nunca miraba de frente, temeroso de que su mirada fuera a tomarse como signo de irrespetuosidad.

Y don Antonio Quiñones.

Pequeño, fornido, con una sonrisa sempiterna que vagaba de sus ojos a su boca en señal de bienvenida.

Sus modales y su voz eran una caricia continuada.

Como todos tenían hijos todos me prometieron enviármelos.

....

Iba cayendo la tarde y la señora de don Francisco me invitó a que fuera a comer a la casa para que esperará allí a su esposo.

Apenas terminada la comida llegó el hombre a quien yo había estado esperando todo el día.

Gallardamente montado sobre un robusto caballo blanco, armado de espuelas y botas altas me produjo de seguida la impresión de un rico terrateniente de las pampas argentinas de acuerdo con las descripciones que había yo leído.

Una vez frente a mí pude notar que era alto, ancho de hombros, de músculos recios.

Un hablar meloso, tranquilo, como quien tiene deseos de hablar muy bajo para no molestar.

Su rostro también tenía las cicatrices circulares de la viruela traidora.

Era mallorquìn, pero su esposa y sus hijos eran todos puertorriqueños de alma y de corazón.

Le expuse mis deseos. Le entregué una carta que me habían dado para él, y me dijo,

"Aquí tiene usted su casa; puede permanecer aquí, un mes, dos meses, el tiempo que usted desee"

Media hora después, serían las 8½ de la noche nos despedimos para dormir.

CAPITULO III.

El Primer Día de Clases.

Hizo mucho frío durante la madrugada, pero a las seis y media, tan pronto sentí pasos de gente en la casa me levanté yo también.

Después del café negro me fuí para la escuela.

Lavé las pizarras. Agucé varios lápices de plombagina y de pizarra.

Puse papel sobre la mesa. Escribí al inspector y llevé la carta a la tienda para que Bautista la entregara al urbano.

Como a las 8 llegó un muchacho.

Y desde las 8 hasta las 12 no llego más que aquel muchacho.

Se llamaba Juanito Acevedo.

Al entrar me saludó diciendo: "Bendición, maestro".

Le contesté, "Dios te bendiga, niño".

Como en casa todos los menores pedíamos ocho veces al día la bendición de los ma-

yores, aquello no me sorprendió gran cosa, pero al despacharlo a las 12 le dije "Mañana cuando llegues me dices "Buenos días, maestro", ¿sabes?"

Una clase de aritmética, una clase de lec- (letras del abecedario) y dibujo de "pazlotes" en una pizarrilla fué todo su trabajo de aquel día.

Al salir le presté un libro de mi propiedad que tenía muchas láminas, le dí una hoja de papel, le presté un lápiz y le dije: "Dile a los niños que veas que los primeros que vengan serán los primeros que recibirán los libros que he traído.

Y después de almorzar fuíme a la tienda para seguir conociendo a los vecinos y dándoles el aviso de la apertura de la escuela.

Durante toda la tarde leí "Dirección de las Escuelas" por Baldwin y Guias para Maestros" por Sara Luisa Arnold.

Al volver a la escuela al otro día tuve la satisfacción de escuchar a distancia unas risas saludables y pueriles que me indicaba que Juanito Acevedo no estaba solo.

Y en efecto, eran varios,

Todos callaron cuando me vieron.

Les saludé cariñosamente y les mandé entrar. Se sentaron.

Y fuí llamándolos uno a uno para saber

sus nombres, sus edades y los nombres de sus papás.

Cuando terminé la lista tenía 35 y Juanito 36.

"Pónganse de pie los que saben leer"

Y se levantaron ocho; He aquí sus nombres: Manuel Rivera, Juan Rivera, Angel Feliberty, Santiago Quiñones, Angel Rodríguez, Benigna Pérez, Andrés Pérez, y Antonio Rodríguez.

"Siéntense en este otro banco" les dije; y los separé de los demás.

Dividí los restantes en grandes y pequeños, e hice otros dos grupos uno para cada banco.

Hice entonces dos triángulos con tiza en una pizarrita. La coloqué sobre varios libros que puse sobre la caja y después de darles pizarritas y lápices les dije a los mayores que hicieran 20 triángulos de cada una de las posiciones en que estaban dibujados los míos.

Mi primer triángulo tenía la base hacia abajo. El segundo la tenía hacia arriba.

A los pequeños los puse a hacer rayitas colocadas entre líneas que prepararon en las pizarritas los ocho que sabían leer.

A éstos les di libros y los probé en lectura

Unos bien, otros regular, y otros a empujones, todos leían.

Cuando terminaron les dí pizarritas y les puse a copiar un párrafo.

Y empecé una clase de aritmética con los alumnos del segundo grupo.

Se reían cuando les hablaba de guineos, bacalao y arenques, en mis problemas. Parecían suponer que en una escuela no se debe hablar de esa "prosa".

Después les enseñé la palabra "rata" que era la primera del cartel que me habían entregado. Y al terminarse la semana conocían en cualquier hoja del cartel las palabras "rata" "salta" y "sal".

Los pequeños sí que daban trabajo.

Yo tenía ganas de usar el metodo de Aa, Bb, Cc, Dd, como lo había usado mi madre durante muchos años, en una escuelita de primeras letras que ella formó con niñitos de la vecindad; pero yo había leido que aquel método era abstracto y que los nombres de las letras no significan nada para el niño, y me adherí tenazmente al método del dibujo del objeto y el dibujo de la palabra.

.....

Al terminar la semana fui a San Germán. A pesar de que recordaba que al venir me había perdido cuatro veces, y que las vueltas del camino eran muchas, me decidí a ir solo.

Hablé con el inspector. Era hombre de

pocas palabras; es decir "brief and to the point". Alto, delgado, con un bigote rubio muy pequeñito, ojos de un azul claro o algo así, andar rítmico, pero a trancos; y muy cuidadoso en el vestir.

"La semana que viene", me dijo, tendrá usted equipo bastante en su escuela.

Por ahora llévese este pedazo de encerado y clávelo de un seto como usted pueda. Es lo que más falta ha de hacerle".

Y cargué con mi rollo, saliendo media hora después en camino de mi barrio.

Entonces pude contar los pasos de río. Ya los conocía bastante bien y no tenía tanto temor de perderme.

Eran veintiuno; ni más ni menos, pero los lectores convendrán en que eran *bastantes*.

Tan pronto descansé unos minutos, una vez llegado del viaje, conseguí algunas tablas de cajones vacíos, y armado de clavos, un martillo y un viejo serrucho mohoso me dirigí a la escuela a clavar mi pizarrón. Y como media hora después estaba yo barriendo la salita para sacarle los pedazos de tabla y el aserrín que habían caído en el piso.

El lunes próximo mi matrícula aumentó en 11 alumnos más, y el martes de la tercera semana, cuando llegó Mr. Rufo R. Lutz, (el ins-

pector) tenía el salón 52 muchachos.

Estábamos en el recreo cuando él llegó, y me encontró enseñando a jugar "Vasallo Malayo".

Terminado el período aquel, toqué cuatro palmadas, porque no tenía campanilla, y todos mis muchachos entraron al salón.

Tres de ellos rompieron a llorar al ver a Mr. Lutz, y él me dijo que aquellos parecían muy pequeñitos, que no los admitiera por aquel año.

Debo decir que ya me había enviado la Junta Escolar dos pizarrones montados en sus marcos, una mesa, un armario, una silla, y tres mesas largas de tapa inclinada con sus bancos correspondientes.

Y ya tenía yo adiestrados a mis alumnos a levantarse todos de su banco, a una señal mía, mientras los dos de los extremos lo unían o lo separaban de la mesa según que fueran a escribir o a dar alguna clase oral.

Mr. Lutz no me dijo nada. Se fué serio como siempre estaba y yo no me intranquilicé porque comprendía, que estaba haciendo mis mayores esfuerzos por quedar bien; es decir mi conciencia no me decía nada en contra mía.

Al terminarse el mes, alquilé un caballo para ir a Mayagüez a ver a mi familia.

Tenía que atravesar el cerro que llaman "Las Mesas" porque es una altiplanicie de gran extensión.

Una vez que pasé la aldea del Rosario y el río del mismo nombre que está en su parte oeste, empecé a subir una de las cuestas más grandes que había yo visto hasta entonces; y a mediados de ella, noté que el cielo se encapotaba presagiando un fuerte chaparrón.

En efecto, como un cuarto de hora después una brisa del este algo fría servía de aviso para lo que había de venir.

Y seguido, varias gotas dispersas.

Grandes, redondas, como medios pesos.

Y tras de ellas, la vanguardia de la lluvia. Un chubasco, al que primero ví detrás de mí; segundos después me pasaba por encima, y un minuto más tarde me llevaba un kilómetro de delantera.

Sin capa, sin paraguas.

¡Y con tantos deseos de llegar!

Rompió a llover estrepitosamente.

La cuesta continuaba curveando pedregosa y empinada.

Pasé frente a un montículo de piedras encima del cual había una cruz.

Yo había oido hablar de aquella cruz.

Decían que allí mismo había sido muerto

por mano asesina un infeliz lechero que venía para Mayaguez.

Sentí como un calofrío. ¿Sería la lluvia? ¿Sería el recuerdo de la historia del lechero a la vista de la cruz?

Seguía lloviendo a torrentes. Pasaban los correntones por las patas de mi caballo tan fuertes y tan hondos que a veces cubrian las pezuñas del animal.

Yo pensaba en mi madre y en mi casa (de las cuales no había tenido noticias nada más que por correo) y seguía caminando.

Caminando, no corriendo; porque era imposible correr en aquel barro duro y resbaloso por donde iba pasando ahora la montura.

Era pequeño el alazano, pero era de los que llaman "pisadores firmes", y seguía su marcha como comprendiendo mi anhelo de llegar.

Ya estaba en la planicie, y llovia aún. De pronto un recodo del camino me mostró la ciudad, y me dió un vuelco el corazón; pero otro recodo volvió a esconderla un minuto después, para volver a aparecer momentos más tarde, más cercana, más hermosa, más atrayente.

Ya se sentía el rumor que asciende de las urbes hacia las alturas. Ese rumor indefinido, producto de tantos ruidos mezclados;

ese como murmullo de un oleaje humano que estuviera rezando en alta voz.

Olvideme que venía calado hasta los huesos, sobre todo las piernas y los pies, y contemplé la enorme **Y** que formaba Mayaguez en aquellos tiempos y que ahora esta convirtiéndose en una **T** inmensa por el crecimiento natural de la ciudad.

Y buscaba con la vista el sitio de mi casa; pero en vano. Sólo se veían los tejados y cubiertas, y no era posible distinguir unos de otras.

Minutos más tarde tocaba a la puerta de mi hogar y salía presurosa mi buena madre, y detrás, a todo correr, mi hermano menor.

Eran las seis y media. El viaje había durado más de tres horas a causa del aguacero. Con camino normal y usando un buen caballo es solamente asunto de hora y media.

En la madrugada del lunes regresé a mi barrio. Serían las tres de la misma cuando partí, temeroso de que cualquier contratiempo no me permitiera llegar a hora oportuna.

Y aquel mismo día después de las clases empecé a practicar diligencias para el traslado de mi madre.

En el barrio no había que pensar.

Todos eran propietarios en mayor o menor escala, y todos vivían su propia casa; pe-

ro la aldea del Rosario que estaba a media hora a pie, del sitio de mi escuela me proporcionó lo que deseaba: una casa.

Era la más alta de la ciudad y de las más grandes. Tal vez por esto último era que estaba vacía.

Y un mes después nos trasladamos a ella.

Y allí permanecimos mes y medio.

El tiempo que tardaron en construir una pequeña que fué hecha expresamente para vivienda mía y que distaba 19 yardas de la casa- escuela,

Debo expresar aquí, una vez más, mi leal agradecimiento al ilustrado caballero D. Juan Mari que tan generosamente contribuyó a hacer más fácil y más completa mi permanencia en Rosario Peñón

Mientras viví en la aldea del Rosario, todas las mañanas de clase tenía que montar a caballo para llegar limpio y a tiempo a mis quehaceres.

Aquellos viajes me costaban medio peso cada uno; y una mañana de noviembre en que me levanté algo más temprano que de costumbre, en la semi-obscuridad del alba, al bajar la escalera, pisé el vacío creyendo que aún quedaba parte del piso de la casa por andar, y sufría una espantosa caída.

Al sentirme fuera de mis pies en rápida

vuelta por el aire, tuve un pensamiento de muerte, y creí que era mi última hora.

Y caí al rellano donde terminaban los doce escalones pudiendo articular no sé cuantas veces "¡mamá, mamá!"

Acudió presurosa ella. Ya casi me había pasado la ola de sangre que me hizo ver próximo mi fin. Me quejaba todo dolorido. Mi madre sollozaba mientras me ayudaba a subir, y una vez sentado arriba pude ver mis golpes: en las manos, en un hombro, en el pecho, en las espaldas y en una rodilla. Mi gabán, y mi paraguas quedaron destrozados. No así mi reloj a pesar de haber caido con las tres tapas abiertas.

Cambieme de ropa exterior y marché con todos mis golpes a cumplir con mi deber

En el camino, casi olvidé mi desventura de aquella mañana. Parece que mis alumnos supieron que venía algo triste y fueron en mayor número que otras veces a esperarme en la segunda curva del camino.

Me desmonté del caballo como siempre lo hacía y caminé con ellos. Les conté lo que me había pasado ....y "¿porqué no se quedó descansando hoy?,me preguntó uno. "Porque entre ustedes me siento mejor de mis golpes, les contesté.

Aquellos que fueron a buscarme se encar-

garon de contar el percance a los demás; y tanto tuve que relatar los pormenores de mi caída que acabé por tomarla por el lado risible, y reía buenamente con ellos cuando contaba acerca de la enorme voltereta que dí al caerme aquella mañana.

Como el brazo derecho me dolía mucho, y a penas podía levantarlo, uno de los alumnos mayores se encargo de copiar en el pizarrón los ejercicios que yo traía ya preparados en mi libreta de planes diarios.

Yo trataba de variar estos ejercicios todo cuanto podía dándole formas originales para atraer hacia ellos la atención de los alumnos y despertar en éstos el deseo de trabajar. Así tanto las lecciones escritas de los pequeñitos como las de los mayores siempre tenían algo que para ellos parecía nuevo, pero que muchas veces consistía en un cambio del color de la tiza al presentar el ejercicio.

O en oraciones en las cuales había espacios en blanco para llenar

O palabras que tenían una letra de menos

O formación de palabras usando las letras de otra palabra que servía de matriz.

O buscando palabras que rimaran con las que servían de modelo y que yo ponía en la pizarra

O escribiendo los nombres de los muebles y enseres de una casa

O las mercancías de una tienda de comestibles.

O buscando palabras con mp o mb.

O palabras de h intermedia

Y cualquiera de estos cambios los llenaba de gozo y de entusiasmo.

¡Eran tan sencillos y tan buenos!

¿Y las lecciones de lenguaje?

Un día se describía la lámina diciendo lo que se veía en ella nada más. Al día siguiente se decía lo que uno creía que significaban las distintas partes de la lámina (trabajo imaginativo) Al otro día se hacían preguntas unos a otros los niños y se

contestaban. Otro día se hacía un cuento original tomando la lámina como base. Otra clase servía para describir la lámina sin verla. Otra, para escribir una composición acerca de ella. Otra, para nombrar tantos objetos como fuera posible ver en el cuadro. (Esto lo hacíamos en forma de desafío, y se regalaban dos barras de tiza al que tuviera mayor número de palabras)

En el dictado se variaban las lecciones así: Un día el ejercicio consistía en dictar palabras que llevaran h inicial; o mb; o mp; o v; o c y s. Otra ocasión el dictado era de las palabras que se habían enseñado en la lección de lenguaje. Otras veces yo definía la palabra y ellos escribían el vocablo. Por ejemplo si la palabra era "héroe" que está en el Libro Segundo S. B. C., decía yo: "Persona o animal que ejecuta un acto de valor o nobleza", y los niños escribían: "HEROE". Otros días se estudiaban las palabras antes de la clase y yo dictaba las consonantes nada más, como: c, m, p, n. Y los niños escribían: campana.

En ocasiones, el que había obtenido la mejor nota en el dictado anterior dictaba la lección a los demás. Y cuando el ejercicio que había que dictarse estaba preparado en oraciones, siempre se dictaban frases completas que se decían dos veces haciendo una pausa entre

una y otra; pero *nunca* más de dos veces. Así llegaron a adiestrarse poco a poco a medida que pasaron meses, en tal forma, que los más adelantados podían escribir al dictado oraciones de diez y de doce palabras, como: "¡Qué mucho gozaron en aquel mes los dos hermanitos gemelos"!

CAPITULO IV

La Segunda Visita de Mr. Lutz

Yo ya ni me acordaba del inspector. Trabajaba, trabajaba sin saber si iba bien o mal pero esforzándome por adelantar a mis alumnos.

Como vivía tan cerca, siempre estaba en la escuela.

Las clases se empezaban a las ocho y terminaban a la una, menos los lunes que tenía que despachar a las doce para ir al pueblo de San Germán a dar clase de inglés con una profesora norteamericana.

Ni siquiera su nombre aprendí; y si algo adelanté en inglés en aquellos meses, no fué porque ella nos lo enseñó sino porque yo había puesto de mi parte todo cuanto podía para adelantar en el idioma.

Mientras cruzaba aquellos veintiun pasos de río en un caballo que me costaba dinero,

puesto que era alquilado, pensaba yo en lo costosas que me salían aquellas clases inútiles, y el peligro a que me exponía semanalmente, sobre todo en la época de lluvia, con las frecuentes avenidas de los ríos, para ir hasta San Germán, distante una hora y media de mi barrio, después de haber preparado bien mi lección, para recibir en cambio una simple prèguntita; y a veces, ninguna pregunta, de labios de la buena profesora.

Una de esas tardes de las clases de inglés, mientras regresaba hacia mi casa, pude notar que llovia en las alturas, como en dirección a mi barrio.

Emprendí la marcha de retorno y anduve sin dificultad durante un espacio de tiempo.

Al llegar al paso de río que bordea la hacienda que llamaban de Perichi en aquella época, observé que el agua del río se enturbiaba. Oprimí los ijares del caballo para conseguir pasar los sitios difíciles antes que aumentara el volumen de las aguas del río, y crucé los terrenos del batey de la hacienda; atravesé el paso del río del otro lado de los establecimientos, y me interné en una vereda que era lo que hacía de camino, después de aquel sitio, y que estaba cubierta y rodeada de cafetales, al extremo que en ciertos sitios tropezaba uno con las ramas de los cafetos. Y cuando llegué a

campo raso donde estaba el río, descubrí que el "golpe" de la creciente había llegado a aquel paraje. Volví grupas por entre los cafetos para llegar a la hacienda antes de que el río me cortase la salida, y en efecto, el agua había llegado primero que yo y tuve que permanecer entre las plantas de café, con la humedad y la obscuridad, alumbrado por algunos cocuyos y sintiendo el ruido del río por mi frente y por mi espalda, hasta las nueve de la noche en q. me aventuré a pasar cuando vi que el caballo no se resistía a vadear el río.

¡Y todo AQUELLO para AQUELLA clase de inglés!

.....

Una mañana, como a las nueve, sentí los cascos de un caballo que pasa un sitio empedrado. Y luego, unas pisadas firmes en el balcón de mi escuela. Y seguido la figura del inspector.

"Buenos días" me dijo. Contesté con el alma en «vilo». Sentóse y puso el sombrero de alas anchas en el piso cerca de él. No me atreví recogerlo. Seguí con mi clase. Una clase de lenguaje. Estaba el grupo segundo describiendo una lámina que tenía un muchacho descalzo con un palo de escoba en la mano cogido en forma de fusil. El objeto de la clase era desarrollar la facultad de observación y aumentar el vocabulario y el poder de expresión. Todos los niños hablaron. Cada uno dijo algo que él veía en el cuadro. Entonces pedí oraciones pensadas por ellos al ver la lámina: oraciones que no hablaran de cosas que estaban en el cuadro. Y recuerdo que el primero fué Alejandro Gandulla, (Lego, como le decían los muchachos; Sandy, como le decía yo) quien dijo "Ese muchacho parece un soldado." "Dímelo otra vez un poco más despacio", le pedí. "Ese muchacho parece un

soldado", corrigió Sandy. "Y ¿por qué parece un soldado?" pregunté. "Porque está firme y tiene un fusil."

"Otro niño que diga otra oración bonita como la de Alejandro" ordené a la clase y una niña dijo: "Yo creo que el día que hicieron el retrato de ese niño era sábado." "¿Por qué crees tú eso?" "Porque él estaba jugando en vez de estar en la escuela."

Luego vino una clase de lectura con el grupo avanzado y Mr. Lutz escribía, escribía .....

De pronto se levantó, dijo adios y se fué.

Vi un papel de seda sobre la mesa y no me atreví leerlo sino después que despaché.

Decía: Mi nombre; la fecha; la matrícula; la asistencia de aquel día, y luego bajo la palabra "Remarks" esta oración que me aprendí de memoria y que no he olvidado todavía: "Work of this teacher is among the best I have seen in the rural schools this year."

Ni almorzar podía. Una y otra y otra vez sacaba el papelito de mi bolsillo y lo leía lleno de orgullo.

Hoy, a través de los años cuando la experiencia me ha puesto, o más desconfiado o más analizador, comprendo que aquella oración podía significar mucho y podía significar nada.

No discuto que la intención de Mr. Lutz fuera buena al dejarme aquella nota; pero lo cierto es que ella entrañaba un galardón "si los otros maestros rurales que él había visto aquel año eran buenos;" pero significaba muy poco si los profesores a quienes él había visitado hasta entonces eran simples "nulidades de la profesión". Entonces quedaba yo en el sitio de "one of the best among the failures:" pero "failure" al fin.

CAPITULO V.

Adquisición de Amistades en el Barrio.

Aquella nota del inspector me dió mayor ánimo. Es decir que no solamente servía para maestro sino que estaba "among the best."

Y me pasaba gran parte de las tardes en el salón de la escuela.

Barriendo y limpiando.

Escribiendo los planes.

Preparando los ejercicios en el pizarrón.

Aguzando las puntas de los lápices.

Cortando papeles para los menores.

Y estudiando.

Casi siempre tenía de compañero a Pepito Rodríguez.

Que luego fué algo así como un amigo más bien que un discípulo.

Era trigueño, delgado, tendría 14 años; y como yo tenía 19, y la diferencia era poca, y él era tan bueno, pronto llegamos a ser compañeros de excursiones y paseos.

Juntos buscábamos leña para casa.

Y la hendíamos. Por cierto que la primera vez que hice esta tarea empecé dándome un golpe por haber colocado la leña mal, y acabé con el índice, el dedo mayor y el anular "despeyejados" por el mango del hacha.

Juntos pastoreábamos la cabra y el cerdo de casa

Juntos subíamos los peñones.

Juntos íbamos a San Germán.

Juntos llegábamos a los bailecitos.

Y juntos le tomábamos el café a todas las familias que visitábamos.

"Vamos a la Sierra, maestro" me decía él amenudo.

La Sierra era la parte montañosa del barrio. De allá bajaban las mayores cantidades de café.

Y Pepito era muy adicto a ir a la Sierra porque allá todos los vecinos tenían su "trapiche" y en cuanto nos veían llegar ponían las "masas" en movimiento y a los pocos minutos teníamos enfrente las copas con el "guarapo".

Cada excursión que efectuaba con Pepito me proporcionaba nuevos amigos. Hoy la familia Paz, mañana la familia García, luego la familia Taboada, más tarde los Vargas, y los Ramos y los Torres, etc.

Y si había "gente menuda" repetíamos la visita la próxima semana con el fin de obtener un nuevo alumno para las clases.

Y como consecuencia de esas amistades iba adquiriendo la escuela preponderancia en todo el barrio.

Y cuando era tiempo de los "gandules" mamá no sabía que hacer con los numerosos líos de ellos que le enviaban.

Y cuando llegaban las chinas, igual.

Y flores, y guineos y café .....

.....

En aquel tiempo la clase adelantada tenía un nuevo alumno: Ramón Gandulla: alto y fuerte: que honraba mucho a sus padres por su conducta ejemplar.

Como dije antes, esta clase estaba compuesta además por: Juan Rivera, un pichón más alto que el

maestro y que ahora es policía insular. Era un "chévere" en aritmética.

Manuel Rivera, también más alto que el maestro. Una buena letra y un carácter tranquilo. Al presente es policía insular, como el anterior.

Angela Rodríguez, la lectora más expresiva de la clase y la alumna de mayor retentiva. Todavía vive en su barrio en la casa de sus padres en la hacienda Josefa

Antonio Rodríguez, hermano de la anterior, un talento administrativo que dirige actualmente los negocios de la hacienda.

Angel Feliberty, travieso y juguetón, amigo de historias y chistes, y hoy maestro graduado en Barros.

Benigna Pérez tímida y pequeñita entonces, hoy muy alta y elegante; se halla residiendo en San Germán.

Andrés Pérez, hermano de Benigna, pálido, delgado, muy cuidadoso con su letra; es hoy cabo de la policía.

Y Santiago Quiñones que me dió el primer dolor de cabeza que pasé con mis alumnos.

Fué como sigue:

Estaba próximo el recreo, y Angel Feliberty había hecho reír a toda la clase en dos o tres ocasiones. Les llamé la atención, pero continuó la risa.

Resolví privarles del recreo ya que ellos se lo habían tomado antes de tiempo, y se quedó en el salón toda la clase avanzada.

Todos, demostraron su temor por el castigo que les había yo impuesto. Todos menos Santiago que frunció el ceño y murmuraba de cuando en cuando, y entre dientes, algunas palabras, mientrasme miraba

medio "entorunado".

Cuando subieron las otras clases él me pidió que lo dejara ir afuera y negué mi autorización

Hoy, después de los años, comprendo que tal vez hice mal.

Continuaron los murmullos y movimientos hostiles de Santiago y de pronto se levantó y.....

"¿Dónde va usted?" preguntéle.

"¡Afuera! Yo no voy a .....delante de los demás niños.

"Venga a sentarse" órdené.

Y como siguió por el balcón sin atender mi mandato, cogí su sombrero y se lo di por una ventana diciéndole:

"Puede usted irse a su casa de una vez".

Hubo un silencio aplanador en la clase. Los niños mayores no se atrevían mirarme. Y los pequeños se pusieron pálidos,

Yo mismo sentí un miedo lejano. Como lo siente el que no ha actuado bien.

Como era lunes, al sonar las 12 despaché y a la una estaba en camino de San Germán.

Al regresar de mi viaje, y como media hora después, recibí la visita de Don Antonio Quiñones, el papá de Santiago.

Traía en una mano varios libros y en la otra un machete pequeño recién afilado.

Aquel detalle del machete no debió haberme llamado la atención pues era costumbre de todos en el barrio el andar siempre con uno en la mano "para no llevarlas vacías".

Una vez entrado, tomó asiento a invitación mía y me dijo poco más o menos estas palabras: "Maestro,

vengo donde usted porque como usted me botó a Santiago esta mañana, deseo sacar mis otros dos muchachos también. Y aquí le traigo los libros de los tres."

Comprendí que venía en son de paz y en la mejor forma que pude le expliqué que el carácter de Santiago era algo díscolo, que el acto de por la mañana había sido una desobediencia, y que Virgilio y Toñita, los otros dos hermanos eran muy diferentes. Que estaban aprendiendo mucho, sobre todo el primero, y que yo había de sentir mucho que se los llevara porque los quería y los veía muy interesados en aprender.

Terminó por aceptar mi proposición y optó por enviar al mayor a San Germán al comercio.

El tiempo ha probado que no me equivoqué.

El pobre Santiago que es muy buen amigo mío ahora que somos hombres los dos, no ha podido abrirse paso en el comercio; aunque es bueno, caballeroso y trabajador.

Toñita, la hermana, que no sabía leer en aquella época, es hoy dama distinguida de la buena sociedad de Mayaguez habiendo contraído matrimonio con un profesor que es al mismo tiempo alto empleado de aduana. Virgilio, el hermano, que tampoco sabía leer, es hoy profesor de instrucción pública en el barrio de Benavento de la jurisdicción de Hormigueros en el distrito escolar de Mayaguez.

CAPITULO II

La Terminación del Curso Escolar

Yo estaba muy orgulloso con mis alumnos.

Sobre todo con la primera clase.

Y la última semana invité a los padres a presenciar los exámenes de los más adelantados

Como en mi colegio se acostumbraba examinar oralmente a los alumnos ante un Tribunal compuesto de todos los catedráticos, también yo seguí aquel modelo y extendí invitación especial al comisario y cuatro de los papás más ilustrados del barrio para que fueran ellos los que preguntaran en español, aritmética, historia y estudio de la Naturaleza

Pero aunque acudieron a mi llamamiento ellos declinaron el honor de la tarea dejándome a mí el hacer las preguntas.

El examen duró dos días y cuando estábamos a mediados del primer examen, con la escuela medio llena de papás y mamás se nos presentó Mr. Lutz.

"¿Cómo ha conseguido usted tanta gente en su escuela?"

"Porque han venido a oir los exámenes de sus hijos".

"Es buena idea." "Volveré otro día" No quiero interrumpir".

Los padres estaban muy contentos.

Y una vez que se terminaron los exámenes y despachamos, se quedaron conmigo algunos de ellos y acordamos hacer una fiestecita el último día de clase.

Cuando avisé a los niños al otro día, hubo un

aplauso general.

Y les dije: Traeremos muchas flores. El que las pueda traer en un jarrito forrado de papel de color, mejor todavía,

Habrá música y los dulces vendrán del Rosario y de Mayaguez.

Los chiquitines no hallaban como sentarse a causa de la ola de alegría que les había invadido.

Y los mayores no pensaban más que en el baile. Porque todos sabían bailar.

Feliberty se colocaba la mano derecha sobre el pecho y extendía el brazo, izquierdo como si ya llevara su pareja.

Manuel se puso muy colorado.

Andrés, más pálido de lo que era.

Juan, enseñaba sus filas de dientes blancos y rectos.

Benigna se tapaba la cara con las manos y Angela exclamaba "¡Ave María que ustedes son...!"

"Changos" querría decir pero dejaba la frase incomp eta por respeto a su escuela y a su maestro.

Y llegó la tarde de la fiesta.

Llovió abundantemente, pero eso no fué óbice para que se llenara el salón.

Cuando terminaron las recitaciones y las canciones yo regalé unos lazos impresos en dorado que tenían el nombre de la escuela y la fecha que se celebraba.

Y luego "rompimos" a bailar.

Tuve que emplear mi autoridad para que bailaran los pequeños que estaban avergonzados.

Cuando estábamos a mitad de una danza criolla repicada finamente por el cuatro y la guitarra y

adornada por el güiro y la sinfonía, oímos gritos y risas al otro lado del río.

Nos asomamos al balcón y pudimos ver un nuevo grupo de muchachas (señoritas ya) que llegaban a la fiesta.

Como el río había subido un poco y había cubierto las piedras de la calzada se apoderaron de un "chongo" flaco que hallaron comiendo cerca del camino y empezaron a pasar; per la primera tuvo tan mala suerte que resbaló de la montura y cayó dentro del agua. Y los gritos eran de ella; y las risas, de las demás que no habían pasado aún.

Dos o tres de los concurrentes al baile fueron en auxilio del grupo de muchachas y por fin lograron pasar todas.

La mojada se refugió en mi vivienda y desde allí mandó a buscar ropas, zapatos y medias a su casa.

Y una hora después estaba bailando con el maestro.

CAPITULO VII

El Comienzo de un Nuevo Curso

Después de los tres meses de vacaciones comenzamos la tarea con mayores bríos.

¡Qué largo me pareció el período de quietud!

Durante él estudié algunos libros nuevos que compré, y dominaba el hastío de la campiña leyendo "Youth's Companion", "El Aguila de Puerto Rico", la prensa de Mayagüez y algunas obras literarias de Zamacois, de Vargas Vila y de Felipe Trigo.

Tres grandes eróticos y tres grandes cinceladores

del idioma.

"Duelo a Muerte" del primero, "Flor del Fango" del segundo y "La Clave. del tercero, fueron las obras de alto relieve literario que mayor impresión me produjeron.

El "Youth's Companion" me hacía practicar el idioma inglés, el cual ensayaba además en el Brumbaugh's Third Reader y en el Stepping Stones to Literature.

Y la prensa me conservaba en contacto con lo que ocurría fuera del pequeño mundo de mi barrio.

Abierta de nuevo la escuelita, ya contaba yo con nuevos alumnos que no sabían nada, así como contaba también con los que habían salido preparados el año anterior.

Entre los primeros merecen mención particular Ernesto Bas y Juanito Pabón.

Ambos eran de los que los fisiólogos y psicólogos llaman "defective children".

Yo les tenía una gran piedad, una intensa piedad.

El primero, robusto, y fornido como un atleta, tenía unos ojos que nunca miraban fijos y unas manos que nunca estaban quietas.

Cuando bajaba corriendo, la pendiente que conducía a su casa, con sus piernas separadas hacia las rodillas, y sus manos en movimiento de agitación de arriba para abajo, parecía que iba a volar.

Desgraciadamente estuvo poco tiempo en la escuela. El mismo se despidió y no quiso volver. En su casa no lo contrariaban. Y hacían bien, en mi opinión.

El segundo parecía un viejecito muy quieto, y muy formal. Trabajaba como un hombrecito ayu-

dándole a su buen papá que era el mayordomo principal de los terrenos de Don Juan Mari Sus ojos eran pequeñitos y miraban con timidez. Su defecto natural estaba en la laringe y en los órganos vocales. Había muchas palabras que no podía pronunciar, especialmente las que tenían l y r.

Entre los que llegaron aquel año a formar la clase segunda o sea la clase intermedia estaban:

Primitivo Rivera, un buen mozo completo, muy orgulloso de su letra. Tal vez por ello llegó a tener la mejor escritura del grupo. Fué policía insular no hace mucho y al presente se dedica al comercio.

Ulises Rodríguez el más alborotero y el más cariñoso de todos. Otro policía, que actualmente goza de prestigio y consideración dentro del cuerpo a que pertenece

Tomás Gandulla, que, según los otros, tenía tantos años como el maestro. Más bueno que el pan fresco y más callado que una pared.

Isabel Quetglas, hermosa y robusta y vivaracha y hacendosa que ocupa un puesto de profesora graduada en San Germán.

Carmen Cancel, la cara más bonita del barrio, tímida como una paloma y dulce como una palabra de cariño.

Antonio el Zarco, delgadito como una caña, muy respetuoso y obediente, y empleado ahora en el telégrafo insular en Mayaguez.

Y luego seguían Quintina Torres, Paquita Rodríguez, Carmen García, Ramona Rodríguez, Monserrate Taliaboa, Ramonita Rivera y los tres Vargas que se llamaban: Josefina, Aracelia y Alfonso.

Instintivamente yo iba inventando formas espe-

ciales para enseñar el inglés, aunque siempre dí preferencia al método más objetivo y más natural, el de la traducción.

Cuando note que a veces no podían interpretar las oraciones porque les era desconocida alguna frase contenida en una de ellas, adopté el sistema de copiar todas las frases que tenían alguna peculiaridad. se leían varias veces para aprender a pronunciarlas bien, se escribían al dictado en la pizarra y entonces se copiaban en cuadernitos para poner al lado de cada una su equivalencia castellana.

Y se vió claramente el progreso que entrañaba aquel método, por las muchas frases que demostraban dominar los alumnos en los "desafíos" de los viernes

Los dividí en "Rojos" y "Azules" e hice un reparto imparcial y legal de los alumnos dando a cada grupo un número igual de "niños inteligentes y "niños medianamente listos", de modo que las fuerzas de un grupo fueran iguales a las del otro.

Y la última media hora de cada viernes se empleaba en un "match" en donde se repasaba todo lo aprendido durante la semana, además de cualquier otra pregunta de las semanas anteriores.

Aquellos desafíos hicieron mucho bien:

porque los alumnos se afanaban en prepararse para obtener la victoria

porque consultaban mis libros y diccionarios con frecuencia.

porque se estableció entre todos una sana rivalidad.

porque aprendieron a no vanagloriarse los vencedores y a no desanimarse los vencidos.

porque se estimuló a los más aptos para conver-

tirse en "leaders" de su grupo.

porque los "leaders" se encargaban de que estudiaran los que eran desidiosos.

y porque aquellos desafíos servían como lecciones de "self control".

Se colocaban en dos líneas con el jefe a la cabecera.

Una línea frente a la otra.

Y comenzaban las preguntas actuando el maestro como un juez de campo. Y cada vez que uno no podía contestar algún deletreo, o no sabía usar una palabra en una oración, o no podía, en suma, contestar al compañero que le había preguntado, éste respondía por él, y aquél tenía que sentarse abandonando su partida.

Y así continuaba hasta la una.

Y a esa hora el grupo que tenía mayor número de partidarios firmes en su puesto era el vencedor.

Y yo anotaba en una libreta el resultado del desafío, que variaba en asignatura cada tres viernes según que nos tocara efectuarlo repasando ya inglés, ya aritmética ya, español.

....

La importancia de una buena preparación mental para las clases, pude comprenderla y apreciarla por medio del incidente que paso a re atar.

Un día, a consecuencia de entorpecimientos sufridos la tarde anterior, fuí a mis tareas sin haber leído la lección del grupo intermedio de inglés.

Cuando empezamos a leer, me encontré de pronto con la palabra "wilderness" a la cual por analogía que le encontré con la palabra "wild" le dí, en su primera mitad, la misma pronunciación que a ésta.

Y en las lecciones de lenguaje, y en los desafíos de los viernes seguimos todos diciendo "uailderness" hasta que un día buscando en el diccionario la pronunciación de la palabra "wily". me topé con "wilderness" y ví mi equivocación.

Entonces fueron los aprietos.

Yo no quería que mis alumnos continuaran pronunciando erróneamente aquella palabra y tampoco quería que supieran que había sido ignorancia del idioma, por parte mía.

Hoy, con mis años de experiencia y con el conocimiento que he adquirido de las cosas humanas, confesaría mi error ante mis alumnos, y más aun, explicaría el porqué del error para darles una lección acerca de cuán cuidadoso debe ser uno hasta en los detalles mínimos de una tarea si quiere terminarla bien; pero en aquella época, con 19 años de edad, y rodeado de una gran estima y una gran consideración en todo el barrio, me parecía que era "perder mi autoridad" el confesar la falta cometida.

Y opté por decir una mentira. Una piadosa mentira. Una mentira (Dios me lo haya perdonado) que no hacía daño a nadie, y en cambio salvaba la situación.

Y dije a la clase: "No hace mucho cuando aprendimos la palabra "wilderness" no tuve tiempo de verla en este diccionario nuevo sino en otro viejo que tengo en casa. Como los diccionarios no son todos iguales en las marcas que usan para indicar la pronunciación equivoqué la de la palabra ésta que debe ser "wilderness" y no uáilderness

Costó algún trabajo hacer que los niños cambiaran de pronto aquella pronunciación; pero como

usaban frecuentemente la palabra porque les había gustado mucho, pronto conseguí que la pronunciaran correctamente.

Sirva esta experiencia como aviso a los maestros nuevos para que lean cuidadosamente las lecciones nuevas ANTES de presentarse en clase, y así se evitaran muchos malos ratos.

. . . . . .

Entre días usaba yo el período dedicado a Estudio de la Naturaleza a hablar acerca de lo que yo, en mi fuero interno, llamaba "Preparación para la Vida de la Ciudad".

Como yo siempre estaba pensando en volver a la ciudad, con harta frecuencia conversaba con mis discípulos en paseos, y reuniones en los glacis, a la luz de laluna, de las ventajas que atesora para la juventud estudiosa la vida en un pueblo grande.

Y así, pues, me aprovechaba cada semana, de algunos minutos de una lección que yo suponía de menor importancia, para hablarles de las cosas de Mayaguez.

Hoy les explicaba como era la oficina de Correo, dónde estaba situada; cómo se hallaba dirigida; quién era el administrador; qué había que hacer para enviar un giro postal a otro pueblo; la importancia de los giros postales; y algunas reglas que deben observarse al llegar a las oficinas, así como explicaba lo que son los apartados, cómo se abren; cómo se alquilan etc.

Otro día mi conversación versaba sobre la Alcaldía con sus puertas y rótulos, con sus múltiples empleados y sus diferentes galerías. Qué había que hacer en el registro civil para inscribir un niño recién nacido o hacer anotar el fallecimiento de una

persona; a quién había que dirigirse en solicitud de un médico o en petición de una cama en el hospital, y quién era y dónde estaba la persona encargada de facilitar libros y periódicos para leer; y quién era y dónde estaba el empleado de las rentas.....

Otra clase servía para explicar todo lo que yo sabía del Juzgado Municipal.

Otra servía para disertar acerca de la Corte de Distrito.

Otra, acerca de la fábrica de chocolate

Otra, para el muelle y sus movimientos de carga y descarga, lanchage y acarreto.

Y al terminarse cada explicación los alumnos preguntábanse unos a otros acerca de lo que habían oído, o preguntaban acerca de cualquier otro detalle que desearan saber relacionado con la materia tratada; o venía un repaso cuyas preguntas eran hechas por mí.

Pero donde yo más insistía sobre las oportunidades que ofrecen los grandes centros urbanos era en los paseos con mis alumnos.

Iban muchos, hembras y varones, cuando yo anunciaba en clase: "Todo el que quiera ir mañana a los Peñones, pida permiso a sus papás para ir allá conmigo, mañana a las dos".

Y a las 12 y media ya estaban en casa los que iban al paseo.

Era sábado, generalmente, cuando estas excursiones se celebraban.

Y salíamos alegres, bulliciosos. Yo no sé quién gozaba más; si ellos o yo. Todavía hoy que ya tengo canas tempraneras en mi cabello, gozo con el recuerdo de aquellos paseos; y no he perdido la afición por

ellos a pesar de ser un "grave papá de una familia de cuatro hijos".

Todo el paseo era un ejercicio y una enseñanza, además de ser una alegría.

Si había un llano, efectuábamos una carrera en campo raso; y el que llegaba primero recibía un premio, (pues siempre llevaba yo en los bolsillos galletitas dulces, bombones, o bolitas de menta.

Si era una cuestecita..... ¡A ver quién la sube primero!

Si nos sentábamos a orillas del río, ¡a recoger el mayor número de piedras de distintos colores!

O la mayor cantidad de hojas diferentes.

O contábamos un cuento mientras descansábamos.

Y luego a subir los peñones.

Altos, elegantes, orgullosos titanes de piedra caliza, se alzaban como atalayas del barrio; como enormes guardianes que estuvieran siempre oteando el horizonte en defensa de la gente sencilla residente en las hondonadas

Entre sus resquebraduras sobresalían y colgaban las raíces de los "cupeyes" como tentáculos de algún animal desconocido.

Ascendíamos la vereda y llegábamos al pie de la roca.

Y empezaba la subida. Larga, penosa.

¿Larga y penosa.? Para otros sí; para nosotros no, porque subíamos charlando, riendo y formando chistes con los resbalones de los demás.

Los varones subíamos primero y entonces ayudábamos a las muchachas en los sitios peligrosos.

Y una vez arriba, ¡qué satisfacción! ¡qué aire

tan fresco! ¡cuánto mundo a nuestros pies! ¡cuán pequeños se veían los demás mortales!; las casitas, ¡qué aplastadas!; el río, ¡qué desmedrado!; ¡todo pequeño, todo insignificante!

Y allí sobre aquella altura, cercanos al cielo, yo les hablaba del poder de Dios, y de cuán pequeños nos vería El a nosotros desde las alturas sublimes donde estaba colocado.

Y nos quedábamos en silencio breves instantes.

Todos pensativos, pero era por pocos segundos: porque sonaba repentina la voz de Ulises en un grito fuerte, y se escuchaba la voz otra vez, como a los siete u ocho segundos, tal como si hubiera habido otro Ulises en los otros peñones del frente.

Y hablábamos del eco, después de gritar varias veces para probar cómo era

Y yo indicaba que el grito de uno de nosotros le daba un empujón muy fuerte al aire que estaba ante la boca; que ese empujón formaba como una ola de aire (que se llamaba onda de aire) que iba a tropezar en el peñón de en frente y de allí retornaba a entrársenos por el oído otra vez. Y por eso parecía que había otra persona en aquel peñón.

Y les conté la historia de Eco, la primera vez que subimos al peñasco abrupto.

Y cogimos un pañuelo algo viejo, lo amarramos con bejucos finos en una vara que cortamos, y enterramos la vara en una quebradura del tope de la roca.

Para ver si la distinguíamos desde abajo cuando descendiéramos.

Al retorno, siempre entrábamos en la casa grande de la hacienda donde había hospitalidad cariñosa y café caliente para todos.

Allí Doña Josefa, la señora de la casa y Doña Rosario, la mamá son como dos ángeles protectores de todo el que pasa ante sus puertas.

....

Otras veces la excursión era río abajo hasta la casa de Don Basilio Gandu la.

Los distintos pasos de río que había que atravesar servían de mayor distracción para todos, y yo los aprovechaba para complementar las clases de geografía dadas en la escuela.

"¿Quién ve un islote?" preguntaba yo.

Si tu fueras hormiga ¿sería eso un islote para tí?

"¿Quién ve un cabo en este islote? ¿Y un golfo? ¿Y un monte?"

"Vamos a formar una cordillera".....

"¿Porqué en este lado el río arrastra la tierra y no hace lo mismo en aquel lado.

Unos decían: "Porque este lado es más areno-o y aquél es de barro duro."

Otros contestaban: "Porque aquel lado tiene muchas yerbas y éste no tiene ninguna.

Y así entre risas con los disparates de algunos; y gritos de alguien que perdía el equilibrio en la calzada; correcciones mías, o de los mayores, a los menores que cometían faltas de lenguaje, llegábamos a nuestro destino.

"Ahí viene el maestro! se oía que gritaba uno de los de la casa.

Y seguido se veía la faena de aquella buena gente recogiendo del piso, las cáscaras de los gandules que habían estado desgranando o amontonando los "coscorrones" de las mazorcas de maíz que habían estado empatando en parejas para ponerlas al sol.

Y la hamaca, para mí.

Y bancos para los demás.

Y la alegría se reflejaba en todos, tanto en los dueños de la casa como en los hijos que eran mis discípulos.

Y el papá y yo hablábamos de las cosechas, de las lecciones de sus niños, de política; de todo un poco.

Y antes de caer la tarde regresábamos a nuestros hogares.

.....

CAPITULO VII

Mis Lecciones de Patriotismo

Siempre me ha gustado cantar.

Cuando niño me extasiaba de noche, ya acostado, oyendo la voz fuerte y agradable de Alfredo Cuebas, de Pepe Flores, Santiago Sebastián y tantos otros que entonces formaban legión y que daban expansión a su gusto por el arte valiéndose de canciones que a veces ellos mismos componían.

Y mis muchachos aprendieron muy pronto a cantar sus canciones escolares.

Todas las mañanas, antes de empezar las clases nos poníamos de pie extendíamos la mano hacía la bandera y jurábamos nuestra fidelidad para ella por medio de la muy conocida fórmula que reza: "I pledge allegiance to my flag and to the republic for which it stands. A nation indivisible with liberty and justice for all".

Después que lo aprendieron de memoria, fuí día por día explicándoles el significado de cada división

importante del juramento.

Luego cantábamos una canción Todos juntos Yo también.

Porque aquello no era para mí como una enseñanza que yo estuviera impartiendo sino como un momento de goce artístico del cual yo quería participar como actor.

Una mañana estabamos cantando la canción de "La Bandera". Aquella que dice: "Bandera sin mancha que flotas altiva, etc. Era una canción nueva en todo el país y nos la había repartido a nosotros. el señor inspector, en aquellos mismos días.

Yo había podido. a duras penas. y valiéndome de mi guitarra, dar a las palabras del himno la entonación que indicaban las notas.

Y como era nuevo, y como era bonito todos los días cantábamos el himno aquel:

Una mañana, repito, estábamos cantando aquella canción, y al terminarla, cuando daba yo la orden de sentarse, oímos que decían en la puerta con voz afrancesada: "Los he escuchado. Hace rato que estoy ahí debajo de la casa, y no subí para no alterar en nada el orden de los ejercicios de apertura. Muy bien, niños. Cantan ustedes esa canción mucho mejor que algunos alumnos el pueblo"

Era el inspector. Un viejecito francés de apellido Fourcaut que era muy simpático y agradable.

. . . . . .

En aquellos días tuvimos, o mejor dicho tuve yo, una desagradable sorpresa.

Estaba cercana la hora de recreo y estábamos en clase general. Estábamos hablando acerca de Don Eugenio María de Hostos, y yo trataba de que

mis palabras fueran lo más interesante posible.

Tndos estaban pendientes de mis labios. Todos me oían con gran atención.

Todos, menos Foro Rodríguez.

Foro era un niño delgadito, pálido y pequeñito en demasía, lo que no se explicaba porque sus padres eran robustos y fuertes; y especialmente Don Ramón, el papá, era un hombre muy alto, muy colorado y muy saludable.

Yo miraba a Foro tratando do obtener su atencion, pero él inclinaba los ojos hacia el techo poniéndolos en blanco, en su esfuerzo por mirar para arriba ya que no se atrevía levantar la cabeza.

Siguiendo con mi disertación me acerqué a él para llamar su atención sin necesidad de nombrarlo.

El me miró un instante.

Y volvió a mirar para arriba.

Y repitió su mirada hacia mí.

E inclinó al techo los ojos nuevamente.

Entonces, miré yo también.

Rápidamente. Con intención de quitar los ojos enseguida.

Pero tuve que seguir mirando al tejado.

Lo mismo que Foro.

Y conmigo miraron todos los niños.

Y "fíjese entre esas tejas, maestro" me dijo el niñito.

Y en efecto. Tendida de una teja a otra se veía la franja amarillenta de la parte inferior del pezuezo de una culebra.

"Vamos a salir al recreo" dije. Di mis órdenes de costumbre.

Salieron todos.

La niñas se fueron a mi casa.

Los varones buscaron dos machetes prestados en la tienda y a pedradas hicieron caer al animal. Y una vez en el suelo lo mataron. Y por orden mía lo tiraron al río, para los peces.

Era un ejemplar pequeño. Tendría como pie y medio de longitud y como media pulgada de espesor. Y era muy dura su piel. Fueron los alumnos más crecidos los que pudieron matarla.

Como era la primera que yo veía, me mantuve siempre como a dos o tres pasos de distancia de ella pero sin demostrar miedo ante mis alumnos.

Y volvimos todos al salón.

Les hablé de otras culebras que hay en otras partes de la Tierra que se llaman boas, y que son muy grandes; y de las otras llamadas de cascabel porque su cola medio seca tiene un sonido especial al arrastrarse.

Y les pedí, "Para mañana la clase primera escribirá una composición acerca de esos animales. Vengan preparados con datos: y procuren saber si son de alguna utilidad; y para qué sirven Los otros nos contarán cuentos que hayan oído relatar acerca de otras culebras. Pregunten a sus papás y a los empleados de la finca.

....

¡Las Pascuas! ¡Pascuas Benditas!

Para pascuas alegres, las pascuas de los campos. De los campos de mi isla.

En el aie, en el cielo, en la tierra, todo se ve más hermoso.

La fría temperatura de las mañanas va templándose al subir el día hasta quedar en una tibieza

sedativa que llena los pulmones de fortaleza y el alma con deseos de hacer bien.

Y durante la noche, "desde la prima", había parrandas alegres, sentidos aguinaldos y "dulces" recompensas.

Una noche pasaba un grupo al son de tiple y guitarra.

"Véngase, maestro", me decían varios.

Y yo no me hacía esperar.

Cantábamos ante una casa cuyas puertas cerrábamos si todavía estaba abiertas, y cuando se terminaban los versos ¡a bailar se ha dicho!

¡Hasta la "amanezca" !Sobre todo si era de viernes para sábado o de sábado para domingo.

También la escuela tuvo aquel año su fiesta pascual. Por indicación del maestro los niños pusieron unos saquitos de tela colgando en los setos del salón. Cada saquito tenía el nombre del dueño escrito en un pedacito de papel prendido con un alfiler a la tela de la bolsita, y todos procuraban echar dentro de ella algo que sirviera de alegría al dueño de la misma.

También el maestro puso una bolsita.

Y en cada uno de los saquitos puso su pequeño aguinaldo.

La tarde que se abrieron las bolsitas fué una de intensa alegría.

Todos iban muy contentos.

"Hasta el año que viene" me decían.

"No, hasta luego; porque quiero que ustedes vengan a casa algunos domingos de éstos. Yo iré a las de ustedes tan pronto pueda".

CAPITULO VIII

NUEVAS IMPRESIONES

En unos de mis viajes a San Germán recibí el programa para un "instituto". Yo no entendía la palabrita aquella. Porque para mí ella levantaba en mi mente la idea de un gran colegio con estudios de segunda enseñanza como lo había habido en San Juan antes de la ocupación americana.

Tantas vueltas le dí a la palabra aquella hasta que hallé la de "conferencia" que me sonaba, me ha sonado y me suena mejor que la de "instituto".

Y leí bien lo que se me pedía en aquel bosquejo.

Y me dirigí al pueblo. Estuvimos dos días si mal no recuerdo.

Eramos muchos maestros. Los había de Maricao, San Germán, Sabana Grande, Lajas y Cabo Rojo.

Y el principal conferencista era el actual comisionado de intrucción Paul G. Miller a quién tenía yo (y supongo que tendrían otros muchos) deseos de conocer por las muchas cosas que de él se contaban como inspector de distrito.

"Que cuando llega a la escuela, llega en puntillas".

"Que atisba por las rendijas a ver si el maestro está enseñando.

"Que patatín, que patatán".

Yo juzgaba todos aquellos diceres como si hubieran sido mitad mentira y mitad exageración.

Se levantó el hombre, presentado por nuestro inspector y con el bosquejo de la conferencia en la mano, condujo hábilmente los trabajos que había de

hacerse en forma instructiva a la par que divertida.

El espantajo iba desapareciendo ante mi vista para dar paso al pedagogo de experiencia, cuidadoso de los detalles y hábil en la réplica y contraréplica.

Por aquella época el era algo de la escuela Normal, decano tal vez, y venía, naturalmente, tratando de obtener alumnos para la institución de Río Piedras.

Así, le oímos preguntarnos: "El meridiano que pasa por Nueva Orleans, ¿en qué parte toca a la América del Sur?

Todos dudábamos si la tocaba cerca de la costa de Ecuador o no.

De pronto se levantó Victoriano Soler y dijo:

"No la toca, señor"

"Se conoce que usted ha estudiado en la Normal, Sr. Soler", dijo el Sr. Miller.

"Propaganda para la Normal", dijo una voz detrás de mí.

Generalmente la conferencia fué de provecho para todos, sobre todo para los maestros nuevos.

Recuerdo todavía, entre las muchas impresiones que permanecieron en mi memoria, la siguiente lección que nos dió el Sr. Miller.

Hablaba del desarrollo del hábito de la observación que afirmaba no era cultivado por nosotros los puertorriqueños. Y exclamó:

"Voy a probarlo a ustedes". ¿Cuántos de los profesores presentes tienen aquí su reloj?

Varios levantaron la mano.

'Nadie coja su reloj ahora, hasta que yo le avise" ¿Cuántas veces al día, poco más o menos, mirán ustedes su reloj?

"Ocho veces" dijo uno.

"Doce veces" dijo otro.

"Más de doce; ¡muchas veces! corrigió otro.

"Muy bien, señores; quedamos en que uno cualquiera de ustedes mira su reloj diez o doce veces todos los días. Si el reloj tiene ya dos meses en su poder esto quiere decir que usted ha mirado su reloj unas setecientas veces en los dos meses. Y si hace un año que lo posee serán por millares las veces que usted ha puesto los ojos sobre la esfera de su reloj. Ahora bien ¿quién puede decirme en qué lado de su reloj está el número que marca las seis?"

Nadie pudo decir con exactitud. Unos decíamos que para abajo, otros que al lado izquierdo, otros que hacia el derecho.

Y acabó por decirnos el conferencista que la verdad exacta es que la generalidad de los relojes no tiene el número 6 porque sobre él está colocada la esfera del segundario.

. . . . . .

También conocí a Fernández Juncos, al venerable y cultísimo prosista asturiano, durante el curso de aquella conferencia.

Yo había leído mucho de Fernández Juncos antes de conocerle. Me había forjado, a fuerza de leerle, una imagen mental de su persona.

Y era alto, elegante, muy atildado en el vestir, muy cuidadoso de su exterior. Algo así como un Beau Brummel de 55 años.

De modo que al ver aquella figura venerable, metida en más libras de carne que las necesarias y aquella cara de sacerdote satisfecho de su misión, no me pareció que fuera el mismo que había escrito prosas tan fluidas, pensamientos tan elevados un una

forma tan pulida y tan acabada.

Pero le oí hablar, Le oí exponer su admiración por las escuelas, le oí hablar durante media hora, fino, mesurado, castizo y elegante en el decir y rectifiqué mi opinión mental desilusionadora.

....

Llegado a mi escuela, empecé a poner en práctica algo de lo que había aprendido en la conferencia y me hallé sin saber cómo tratando de imitar al Sr. Miller en su manera de exponer, en su manera de decir y hasta en su manera de tragar (como él hacía cada dos o tres minutos).

Y tuve que dominarme para no convertirme en un mero imitador.

....

Después de la conferencia, y con la lectura, a trozos, de Psicología Pedagógica por Sully y otro libro de Métodos de Enseñanza por Fitch, hallé que mis clases eran más interesantes y de mayor provecho.

Mis alumnos demostraban en su rostro y en sus actos la satisfacción que experimentaban al emprender la tarea de los ejercicios que yo preparaba en el pizarrón.

En inglés, por ejemplo, un día teníamos el uso de "is" y "am"; otro día ' has" y "have"; otro, día, "was' y "were".

Y las lecciones del pizarrón consistían en oraciones escritas de antemano, en cuyos espacios en blanco había que insertar una de las dos palabras que eran objeto de la lección. Después de terminada la labor de escritorio, uno de los alumnos iba a la pizarra y en cada espacio colocaba unos cartoncitos que tenía

yo preparados ostentando la palabra necesaria según el sentido de la oración que había de ser completada. Se cambiaban los papeles entre los alumnos y se corregían los trabajos hechos.

Otro ejercicio consistía en lo siguiente: Escribía yo en la pizarra las palabras "school", "boy", "river", "flower", "mother" u otros semejantes hasta llegar el número de las a diez y los alumnos buscaban yescribían todos los adjetivos que pudieran y que indicaran cualidades propias del objeto o ser representado por la palabra.

Al día siguiente ese mismo ejercicio lo dada yo como trabajo en el hogar y añadía: "El que traiga el mayor número de adjetivos tendrá un lápiz de color como regalo".

Otro día: "¿Quién es el que conoce más verbos en inglés?"

Otro día: "Vamos a escribir palabras que tengan dos golpes" (Quiero hacer constar que las sílabas, tanto en inglés como en español, yo las enseñaba haciendo notar a los niños que al pronunciar cada una de ellas se podía dar un golpe con un dedo o con la regla; y que según de golpes podían darse al pronunciar la palabra, así de sílabas tenía ella.)

En español, también variaba yo los ejercicios escritos todo cuanto podía.

Escribir palabras que tengan dos aes.

Formas el mayor número de palabras usando únicamente las letras contenidas en la palabra "espesura".

Escribir palabras que tengan "h" al principio.

Relatar una historia del algún paseo efectuado

Hacer una lista de los objetos y muebles de una

casa.

En aritmética, muy a menudo jugábamos a las tiendas y se vendía café, chinas, plátanos y huevos por libras o arrobas, docenas o cajas, cientos o cargas, y por cientos o docenas respectivamente y se compraban mercancías o provisiones.

O se presentaban problemas los niños, unos a otros.

O se medían todas las cosas del salón como base para la lección del día siguiente y de otras lecciones, más tarde.

O bien se imaginaba que la escuela era una finca de café con su mayordomo, con sus capataces su trapiche y sus máquinas y empleados y se hacían presupuestos de los gastos de un mes. Esta lección daba margen a otras muchas.

Y cada dos semanas, aprendíamos una canción nueva que repercutía en los ámbitos del barrio y que resonaba en todas partes en boca de los varones que la cantaban o la pitaban en los terrenos de las fincas de sus papás, mientras iban a cortar yerba, o a buscar las vacas o a dar de beber al caballo.

Aquellas sierras tranquilas, aquellas espesuras silentes cercanas al riachuelo, se saben de memoria las notas de "Yankee Doodle", de "La Bandera", del "Platanar", de "Oh Columbia", de "Borinquen" y de "Lincoln y Washigton".

¡Cuántas veces oía las voces queridas de mis alumnos más entusiastas cantando a "grito pelado" la hermosa canción del "Platanar"; y ¡cuántas veces me despertaba, los sábados por la mañana, el pito de algún discípulo que marchaba alegre hacia la tienda al son de las notas de "Yankee Doodle".....

Y había otros cantores en el barrio.

Eran hombres ya. Mozos robustos y gallardos que lamentaban no ser niños para estar en la escuela: y que encorvados sobre la pródiga era lanzaban al viento sus cantos sentidos.

Siempre eran coplas de amor.

Y brotaban quejumbrosas y dolientes, las unas; agresivas y serias, las otras.

Oid algunas:

Mal haya quien dijo amor
Y quien en mujeres fía;
¡Que yo dí mi corazón
A quien no lo merecía!

¿Quereis mayor amargura que la que destilan estos versos? ¿Quereis versos mejor medidos y mejor expresados?

"Lávame ese pañuelito
Que con lágrimas mojé.
Ten cuidado; no lo rompas
Que se fué mi vida en él.

¿No veis la ternura caballeresca de estas líneas sencillas? Es el alma de la serranía, el alma purísima de las alturas rindiendo una prueba de amor en manos de la esquiva lugareña.

Yo me quedaba hebetado desde el balcón de mi casa oyendo a Joaquín Rodríguez a Lolo Pabón y otro de apellido Estrada cuando, como ruiseñores enamorados, abrían su boca a cantar.

Y ¡qué buenos pulmones! ¡y que garganta poderosa!

De lo a to de la "cuchilla" o del fondo del sitio donde estaba el sembrado surgían las palabras ya suaves, ya duras, ya tristes y doloridas.....

Y a veces, durante la recolección del café, era un dúo de rimadores, un dúo de poetas aldeanos, el que se efectuaba entre las espesuras.

Retaba sonoramente con sus endechas amorosas, uno de los contrincantes desde lo alto de una colina, y contestaba valientemente, desde el fondo de una hondonada, el otro gladiador literato con sus versos de pasión infinita.

Y siempre había un "dejo" de amarga melancolía en el tono de los cantares.

Como en las notas del cuatro.

Como en las cuerdas del tiple.

Como en el rumor de la quebrada.

Como la fronda en los ramajes.

Como la tórtola doliente.....

¿Por qué serán tan tristes las coplas de nuestros campesinos?

CAPITULO IX

Por aquel año comenzó a observarse la celebración de la Fiesta del Arbol. Y hubo en toda la isla unas "elecciones" entre los niños de las escuelas para decidir cuál había de ser el árbol emblemático de Puerto Rico.

Todos mis discípulos votaron por el mango, y creo que en nuestro distrito fué este árbol el que triunfó sobre los otros "candidatos".

La mañana de la fiesta sembramos un arbolito de china frente a la escuela. Años más tarde pude

ver el árbol robusto y sano; pero no hace mucho en una visita efectuada por alla noté que había sido deribado "porque con su sombra perjudicaba el huerto escolar". Sentí un poco de tristeza, pero ni dije nada, ni demostré mi desencanto ante aquel tronchamiento de una grata memoria.

También aquel año trájome después de grandes esfuerzos, y estudios y privaciones, mi licencia de maestro gráduado obtenida en los exámenes celebrados en la cabecera de distrito.

Y recién graduado, forma parte del grupo que salió en el transporte Kilpatrick con rumbo a Boston, a la Universidad de Harvard, a estudiar un curso de verano.

Una vez de regreso obtuve ofertas de una plaza de profesor graduado en Sabana Grande. Y cuando ya la tenía por segura y había renunciado mi escuela rural, el Departamento decidió cerrar la otra escuela " porque la Junta no estaba preparada para sostenerla y equiparla".

Y me quedé en el aire. Ya el curso había comenzado y regresé a mi hogar en Mayaguez. Y una noche leí en "El Aguila de Puerto Rico" que había escuelas vacantes en Juana Diaz

Solicité. Fuí aceptado. La aceptación llegó estando enfermo y así lo hice constar a la Junta por medio de una carta

Y al día siguiente recibí un telegrama en que me decían: "Junta Escolar concédele plazo quince días venir ocupar puesto".

¿Qué significaba aquello? Sin carta de recomendación, sin amigos ni conocidos en la villa del Jacaguas, sin apoyo de ningún género, sin conocerme

ellos mi en fotografía..... y me esperaban dos semanas!

Salí para allá antes de complirse el plazo tan generosamente concedido.

Llegué a Juana Díaz como a las diez de la mañana de un sábado: del sábado 19 de octubre de 1905.

Juana Díaz tuvo para mí, desde mi llegada. el aspecto de un hogar grande Amplio, tranquilo, hospitalario con su plaza llena de atractivos naturales y con la simpatía natural de todos sus habitantes.

Enseguida tuve amigos. En la misma plaza, al dirigirme a unos jóvenes que se solazaban bajo los flamboyanes y preguntarles donde hallaría un hotel. me llevaron al "Prado" que era el mejor de la ciudad en aquella época. Y luego me guiaron hasta la oficina del secretario de la Junta Dr. Enrique Vallecilo quien me sugirió fuese a la oficina de la institución que estaba unida a la farmacia Ferrer, donde halló al que se me presentó como clerk de la Junta Escolar, pero el que una vez conocido a fondo supe que era el "factotum" y "alma mater" de la enseñanza en Juana Díaz, sobre todo en su parte administativa.

Se llamaba, y se llama todavía, y ¡quiera Dios conservárselo a Juana Díaz por muchos años!, Don Juan Bautista Romeu.

Una vez visitada la casa donde acostumbraba alojarse el inspector cuando venía al pueblo (puesto que Coamo era el pueblo de su residencia) me proveí de libros y material, busque caballos para el viaje, pernocté en la población, recogime muy temprano, y a las nueve de la mañana del domingo emprendí la caminata para mi barrio que ahora se llamaba

Caonilla.

Las únicas instruccios que llevaba eran:

"Continúe su viaje hasta llegar al kilometro 108 de la carretera. Cerca de ese kilómetro hallará una tienda que pertenece al presidente de la Junta Escolar Don Francisco Dávila a quien entregará usted esta carta. El le guiará desde allí."

Era la Carretera Central. Dura, blanquecina, con sus curvas violentas y sus pendientes fatigosas puso a prueba mi resistencia hacia los rayos solares durante una hora larga de buen caminar, y al cabo de ella, llegué a donde me habían dirigido. Y desde allí..... nueva caminata Esta vez por caminos vecinales tortuosos y enmarañados que a veces eran zanjas y a veces veredas pedregosas.

Y de pronto el cruce de tres caminos después de otra hora de largo caminar. Allí había una "cosa" que parecía tienda, y allí pregunté por el Sr. Santos Giraldi, nombre que me había proporcionado el Sr. Dávila como estrella polar que había de servirme de guía en el barrio.

Desde el cruce me enseñaron la casa.

Era una, de las tres únicas casas techadas de zinc que alcanzaban a distinguirse desde aquella altiplanicie. Todo lo demás era yagua, yagua, yagua. ¡Cielo Santo! ¿Qué barrio era aquél?

No me arredró mucho la supina pobreza del lugar, aunque produjo en mi ánimo hondo desconsuelo al compararlo mentalmente con lo pintoresco y atractivo de aquel otro donde me había estrenado como conductor de conciencias infantiles.

Media hora después de mi llegada estaba frente a un magnífico almuerzo preparado "a toda máqui-

na'' por la alta y hermosa y atractiva y generosa dueña de la casa Doña Regina Giraldi.

Y poco después, en la misma mesa escribía a mi madre y a mis mejores amigos.

Y ¡vamos a ver la escuela!

Era más amplia y mejor que la mía de los Peñones pero estaba muy sucia y muy llena de telarañas.

Como al otro día era necesario usarla,cogimos dos escobas Don Santos y yo, y en un momento quedó el salón medio presentable.

Al siguiente día, corrió la noticia de "¡Ahí está el maestro; en casa de Don Santos!"

Se llenó la escuela de chiquitines, de medianos y de mayores.

Y empecé a hacer mis listas: "¿Cómo te llamas? "Juan Pérez" "Y tú, ¿cómo te llamas?" "Luis Pérez". "¿Y tú?" "Tomás Pérez" "¿Y tú, niñita?" "Amelia Pérez".

Casi todos eran Pérez. Y entre los demás dominaba el apellido Zayas.

Cuando el registro estuvo lleno, a la semana siguiente, noté que tenía 19 alumnos de apellido Pérez. Y al pasar lista y llegar al sitio de ellos yo solía decir: "Los Pérez". Y había uno de ellos. Tomás, que estaba encargado de indicarme cual de los Pérez no estaba presente aquella mañana.

Solamente un año pude vivir en el barrio de Caonilla No vivir, sino vejetar. Mis únicos amigos eran el Señor Giraldi, Don Agapito, su socio, y Sultán, el perro de la casa. Sino hubiera sido por ellos me hubiera matado la nostalgia de comunión espiritual con alguien.

Pero Don Santos era un magnífico "causeur".

Había sido sargento del 47 de línea francés, había pertenecido a un regimiento de zuavos de Argelia y podía y sabía contar hábilmente todas las peripecias de sus diez años de militar.

Don Agapito era toledano y tenía un arsenal de historietas y cuentos de la vieja España, los cuales narraba con suma facilidad de lenguaje.

Sultan, el enorme perro negro, guardián de la finca estaba tan esquivo con los niños de la casa a causa de lo mal que lo trataban, que cuando encontró mi mano cariñosa por primera vez se me restregó entre las piernas y casi lloró de la alegría.

Y desde aquel momento fué mi compañero inseparable. Si iba a la escuela, se iba conmigo. Si al trapiche, al trapiche él también. Si empezaba a escribir, se tendía bajo la mesa, y si me subía yo a la colina cercana él se subía también para hacerme compañía. Junto a él y de bruces sobre las yerbas de la colina hice yo algunos ensayos como escritor público y colaboré en el semanario "Propios y Extraños y en "El Aguila de Puerto Rico". También logré, en aquellas soledades, hacer un buen acopio de frases y palabras inglesas leyendo y repasando el Silver Burdett Fifth Reader, el Brumbaugh's Third Reader, al mismo tiempo que me ayudaba mucho en la tarea el "Youth's Companion" cuya suscripción continuaba todavía.

Tanto me ayudaron est s estudios solitarios que aquel año el departamento ofreció varios premios a los que obtuvieran mejores notas en los exámenes de inglés y yo obtuve el tercer premio del curso intermedio.

¡Un año! Para darse una idea de lo que aquel

barrio representaba en aquella época baste decir que Mr. Gail S Nice, el inspector no visitó mi escuela ni una sola vez en todos los nueve meses.

Al terminarse las tareas semanales alquilaba yo un caballo y salía todos los viernes a las doce en dirección a mi casa. Y recuerdo dos incidentes de mis viajes. Como siguen:

Una tarde de esas en que venía para el pueblo, hallé en pleno camino y cerca de una casita, una jugada de gallos. Me detuve a ver dos "gallinos" que se tiraban rápidamente con las espuelas, haciendo mucho ruido con las alas. Los jugadores hacían apuestas y alentaban a sus campeones en medio de risas o chacotas, cuando de pronto salió de entre unas cañas cercanas una pareja de policía. Todos corrieron seguidos de uno de los guardias mientras el otro se dirigió a mí, que me había quedado sin hallar que hacer, con estas palabras: "Y usted, ¿quién es?" "Soy el maestro del barrio," contesté. "Pues váyase ligero de aquí, "ordenó él. Y.....piqué con las espuelas a mi montura e iba más aprisa que en otras ocasiones.....

Otra tarde, un señor de apellido Serrano me alquiló un caballito rucio en el que el dueño acostumbraba salir de fiesta de cuando en cuando. Tenía muy buen paso y era dócil a la brida. Así fué que me acomodé en él como en un sillón, y lo dejé correr libremente cuando llegamos a la carretera. Ibamos pasando frente a la tienda de un señor llamado D. Antonio Rivera donde había notado yo, en otras ocasiones, que había muchachas buenas mozas, cuando el animal ladeó de pronto y se metió hacia el batey de la tienda con un movimiento tan repentino que caí con silla y todo por

el lado opuesto al que siguió el caballo.

Salieron de la tienda; me ayudaron a limpiarme; me colocaron la silla sobre la montura y me dieron agua con ron "porque era bueno para si tenía algún golpe interno" según decían ellos.

¡Y si ellos hubieran sabido! Yo no sentía los golpes, sino el bochorno más grande del mundo. Por las muchachas que había allí; pero ellas no salieron. Y una vez montado, iba más ligero que la tarde que le huí al policía.

Al año siguiente la Junta Escolar tuvo bien cambiarme a la escuela de Río Cañas Salichs, en la carretera, cerca del kilómetro 108. Parece que el presidente informó que yo no había dejado de pasar frente a su tienda ni un solo lunes a las 6 de la mañana y esto me valió sin pedirlo, el ascenso que me acaban de conceder. Un cincuenta por ciento de ventaja en lo que a animación y vida del barrio se refería.

¡Aquello era otra cosa! Mucha gente instruida, mucha gente simpática. Tráfico casi continuo de carros y calesas. Correo diario que pasaba en un coche con campanillas cuyos jamelgos los manejaba un viejolo buen mozo y garrido, muy enamorado y muy galante llamado Pitito. Pan fresco todos los días..... y hasta hielo si usted lo deseaba.

Y luego la escuela era un edificio de mil quinientos pesos, de ladrillos, moderno, con pupitres y buenas letrinas, con verja al frente, alambres por guardaraya, un buen pedazo de terreno en su parte posterior, otra en su parte anterior y una buena acera para entrar que terminaba en una escalera y un descanso a orillas de la limpia carretera.

Me trasladé con mi familia a vivir en el barrio, en

una casita que conseguí cerca del río y en la honda depresión formada por dos pendientes que separan la jurisdicción de Coamo de la de Juana Diaz.

Aquel barrio parecía un segundo tomo del pueblo amable de Tomás Carrión. La simpatía irradiaba por todas partes. Todo lo hallaba propicio y presto. La leche para casa, caballos para ir al pueblo, escoba, jabón, agua y toalla para la escuela; y amigos, muchos amigos, y amigas, muy amables amigas.

A propósito, vienen ahora a mi mente las quejas que a menudo escucho acerca de las dificultades con que tropieza el profesorado rural para hallar ambiente propicio en los campos de la isla. Unos se quejan de que no les quieren dar hospedaje, Otros de que no encuentran caballos para hacer sus diligencias. Otros dicen no encontrar ayuda para la matrícula de sus escuelas.

Y yo quiero afirmar por escrito, ahora que se me presenta la ocasión, lo que he dicho muchas veces, cuando he escuchado a los quejosos: "Que son los mismos maestros, algunos maestros y maestras, los que tienen la culpa de lo que sucede ahora en los camps". Antes nuestros agricultores eran todo cariño y todo hospitalidad cuando se trataba del "maestro" o de la "señorita profesora" del barrio: pero sucedió que la señorita profesora" demasiado señorita, fué al campo, se alojó en la casa del modesto campesino que la recibió cariñoso rodeado de su familia sencilla y buena, y empezó la "señorita profesora" por decir a la hora de la mesa: " ¡Ay! a mí no me gusta el plátano: tampoco me gusta el bacalao. Y no me gusta esto. Y no me gusta lo otro." Y pretendió también la "señorita profesora" comer pan fresco todos los días, y "bañarse dia-

riamente haciendo que los hijos de la casa cargasen agua de una distancia de más de uno, y a veces, dos kilómetros; y remilgos por aquí, y remilgos por allá, acabó por hacer que la dueña de la casa que sufría durante las comidas al ver que la "señorita profesora" no comía de lo que se ponía en la mesa, le dijera al esposo entre dolorida y enojada: "Mira, Francisco, el año que viene no me le des hospedaje a ninguna maestra. Ya tú ves lo que estamos pasando; que aún nuestros hijos tienen que ir a cargar agua todos los días al pozo para que la señorita se bañe, cosa que no han hecho nunca para mí ni para sus hermanas."

Y llega el "año que viene". Y al presentarse la nueva profesora que tal vez no es de la calaña suntuosa de la del año anterior, se encuentra con las puertas de aquella casa cerradas a causa de las inconveniencias y majaderías de una niña falta del verdadero sentido de la vida como ella debe tomarse según las circunstancias que rodeen el instante en que se vive.

Y si fué "profesor" el que llegó el año aquél, al prestarle el dueño el caballo, se lo trajo en tan mal estado de las correrías que hizo en el pueblo que el amo queda escarmentado de haberle concedido el uso de la montura. O queda a deberle alguna de las mensualidades del hospedaje. Y el padre, cierra también las puertas de su casa a cualquier otro que pueda venir en lo futuro, no importa la buena voluntad y las buenas intenciones que el último pueda traer.

Estas, y no otras son las principales causas del "despego" que se nota ahora en las clases acomodadas campesinas hacia los maestros y maestras que salen a encargarse de la educación de los campos de la isla.

Toca a los maestros y maestras tratar de enmen-

dar la labor negativa que dejaron tras de ellos aquellos que les precedieron en hora aciaga.

¿Cómo? Haciéndose querer en el barrio donde residan. Atrayéndose el respeto de todos. Visitando las casas de todos, pobres y ricos, y demostrando sencillez sin afectación en todas las casas que visiten. Y no hay que exagerar la nota de la sencillez hasta convertirla en simpleza, porque no hay nadie más sagaz que el habitante nativo de las montañas. El conoce enseguida si lo que se está haciendo es realmente sentido o si hay exageraciones sn los ademanes y modales de la persona que le visita. Formando buenas asociaciones de padres. Llevando consigo de cuando en cuando, alguna "chuchería" para los niñitos de la casa. Averiguando sutilmente cuando es el "santo" de la señora y obsequiándola con un sencillo presente. Ayudándoles en casos de necesidad, como, cuando tengan algún enfermo, ofreciéndose a venir al pueblo en busca del médico, o de las medicinas, si uno es varón; o pasando horas de "utilidad" junto a la familia del vecino enfermo, ya colaborando en la aplicación de las prescripciones médicas o prestando ayuda en las labores de aquel hogar, etc. etc. etc.

Decía, pues, que el barrio y la escuela que me habían tocado en suerte aquel año de 1906 a 1907 eran de lo mejor de la isla en aquella época, y por consiguiente yo estaba encantado de vivir en el primero y de dirigir la segunda.

Y no sólo eso sino que me concedieron la apertura de unas clases nocturnas para adult s de ambos sexos y aquello acabó de hacerme más simpático el lugar y de alegrarme más aún porque me proporcionaba la

enorme ventaja de estar en contacto diario con papás y mamás, así como con la juventud de Río Cañas Salichs. La matrícula de las clases de noche fué tan numerosa que hube de hacer tres grupos y dar clases dos horas en vez de una y media que era lo que se exigía en aquellos tiempos. Y al terminar las tareas de cada noche nos íbamos por la carretera, el maestro y los discípulos y discípulas en bandadas a las casas vecinas a discutir los disparates de unos y otros con el fin de seguir ambulantemente la clase que se había interrumpido unos momentos antes.

Y tuve amigos probados y leales. Con ellos visité las distintas casas del lugar. Con ellos concurrí, a caballo, a los bailes de los Llanos de Coamo y a los del barrio de Magueyes, con ellos visité amigos enfermos ayudándoles en cuanto podíamos. Con ellos anduve por todos los sitios del barrio coleccionando piedras, maderas, e insectos para la escuela. Con ellos pasé muchos de los ratos más alegres de mi vida.

La escuela tenía cuatro grados, del primero al cuarto, pero mis muchachos del segundo, sabían leer en el texto titulado Rudimentos de la Historia, por Montgomery; y sabían traducir del inglés al español las oraciones del libro Primero de Lectura de la American Book Company hasta la página 50, casi todas ellas sin dificultad.

Una mañana estábamos atareados en una clase de Naturaleza cuando sentimos el ruido de un auto que se detenía cerca de la casa-escuela. Como era muy común el ruido de estos vehículos, no dimos atención al retrancar de ruedas y al cerrar de portezuelas de los viajeros: pero de pronto oimos pasos en la acera de nuestro edificio y al mirar hacia afuera vi

con espanto a cuatro caballeros americanos. Conocía a tres de ellos: Eran Mr. Roland P. Falkner, Comisionado de Educación, y Mr. Clopper y Mr. Ayres inspectores generales, los que llegaban. La sangre se me fué a los pies, pero traté de reponerme como pude para salir a saludarlos a la puerta donde ellos me presentaron al otro señor que según me dijeron venía en busca de objetos para la exposición de San Luis. Oyeron leer a mis niños y Mr. Falkner quedó asombrado de ver a mi segundo grado leyendo en un libro como el Rudimentos con letra tan pequeña y con lectura tan nutrida.

Y no progresaban menos los jóvenes de la nocturna. Enseñé a leer a 16 que no sabían nada. Y no se me puede olvidar una discípula, como de treinta años llamada Carmen, generosa, activa, y entusiasta cuyos ejercicios de lenguaje escrito en las clases diarias se complementaban con otros que ella preparaba todos los días en papelitos originales que me enviaba a la hora del recreo acompañando a una taza de humeante chocolate que adornado con pan y queso, me obsequiaba siempre desde su casa que estaba vecina a la escuela.

También formé allí los dos partidos de Azules y Rojos que tanto hicieron progresar las clases de lenguaje en Rosario Peñón, y teníamos desafíos todos los viernes, unas veces de deletreo inglés; otras de deletreo castellano, en ocasiones, dictado en el pizarrón, de las palabras aprendidas durante las últimas lecciones del trimestre, o preguntas prácticas sobre los asuntos estudiados en los libros de lectura etc.

También formamos dos "teams" de "baseball" llamados Azules y Rojos con sus cintas para distinguir-

se unos de otros, y procuré que el resto de los niños que no podían jugar por ser pequeños, o por ser hembras, tomaran parte en la lucha haciéndose partidarios de uno o de otro "team".

Un desafío de nuestras dos "novenas", el celebrado en Febrero 22 como parte de la celebración del Dia de Washington me causó una insolación en mi papel de "Umpire" del juego, que me trajo por consecuencia unas fiebres que se me tornaron intermitentes, y de frío, y que me tuvieron bajo su dominio hasta que salí del barrio en el verano siguiente. Pero a pesar de mi enfermedad insistente, eran tales las pruebas de cariño que me daban los vecinos y mis discípulos todos que a no ser porque mi salud lo exigía y porque me lo ordenó el médico, que a la vez era secretario de la Junta Escolar, hubiera permanecido en Río Cañas hasta que hubiera sido tiempo de ir a posesionarme de la escuela graduada con que me habían premiado mis superiores.

Siete meses me duraron aquellas tercianas que me tocaban a veces un día si y otro no; a veces, dos días sí, y otro no; en ocasiones estaban diez días sin haberme temblar y de pronto reaparecían trayéndome molestias y dolores; y ansiedades a mi pobre madre que temía por mi salud y por mi vida.

Haciéndome temblar dije.....Y en efecto: No era para menos. Primero sentía unos como deseos de bostezar y estirarme como si hubiera estado hastiado de algo. Después empezaban a enfriársem3 las puntas de lo dedos de las manos y de los pies; inesperadamente llegaba una convulsión salida de las partes más internas de mi ser. Pocos momentos después otra convulsión. Y tras un intervalo más corto que

los anteriores, otra. Y otra. Y otra más prolongada y más intensa. Y ya no eran convulsiones sino completas sacudidas de todo el organismo bajo la influencia de la fiebre de frío.

Yo acostumbraba al principio envolverme en gruesas mantas y frisas. Todos las de mi hogar me las echaba mi pobre madre encima; pero al ver que aquello no tenía remedio con "arroparme" decidí, ya dispuesto a vivir o a morir, el salirme a la carretera cuande me atacaran las convulsiones del frío. Y hubo ocasiones de hallarme en plena Carretera Central a las once de la mañana, con todo el sol de un día de julio sobre mi cabeza desnuda y toda la reverberación del calizo relleno de la carretera bajo mis pies, y sufriendo, a pesar de todo aquel calor doble, el frío más intenso que ser humano haya podido nunca pasar bajo la nieve de los polos.

Vino Wintersmith, Elixir Tónico Antiflemático, quinino, papeletas de varias medicinas, "guarapos" de cuanta clase le decían a mi madre; de todo pasé por mi boca ya cansada de tanto medicinar. Y un simple cambio del barrio al pueblo de Juana Diaz me curó radicalmente después de tantos meses de hondo sufrir.

Repito que si no hubiera sido por la amabilidad de aquellos vecinos tan estimados. y por el cariño de mis discípulos hubiera renunciado la escuela y hubiera salido de allí para jamás volver.

Pero volví allá; y bien pronto. Y cada vez que se me ha presentado la ocasión de salir para San Juan he tratado de efectuar viaje por la carretera Central con el fin de poder saludar a aquellos amigos estimados con quienes viví en comunión espiritual durante un año completo.

El cariño de aquellas gentes hacia mí se demostró de varias maneras y en varías ocasiones. Oid una muestra: Una tarde salí del barrio con dirección al pueblo para cambiar mi check de treinta pesos. Llevaba puesto un gabán de seda crema que estaban muy en boga en aquellos días y que eran más buscados todavía a causa de lo rudo de la estación que ya dejaba sentir la proximidad del verano. En los vaivenes de mi bicicleta por las curvas de carretera salióse de de mis bolsillos el check y no me di cuenta de ello hasta llegar al sitio donde había de hacerlo efectivo. Huyó mi sangre del corazón. Retorné con el alma en los labios pues no sabía en que parte de los diez kilómetros que había yo andado podía estar mi estimado papelito. Iba haciendo eses por todo el camino y fijándome bien para todos lados, cuando noté un grupo de hombres, trabajadores de un plántío de tabaco que al notarme salieron a mi encuentro diciéndome: Maestro, ¿fué a usted a quien se le perdió este papel?" Y alargaba la mano con mi cheque doblado en la misma forma en que lo había colocado yo en mi gabán. Ni siquiera la forma le habían cambiado pues tuvo a bien el que lo encontró, colocarlo en la parte interior de su sombrero de paja. En una tienda de las cercanías fuimos todos, los buenos peones del grupo juntos conmigo, y allí tomaron tabaco, algún ron, cigarros y cigarrillos que les pagué para expresarles mejor mi agradecimiento.

Y luego, las tareas de mi escuela se hacían fáciles ayudado por todos aquellos niños y niñas tan estudiosos y tan inteligentes. Nunca faltaba ni siquiera un ejercicio en los papeles que me entregaban. Nunca faltaba nadie a las clases a no ser obligado por fuerza

mayor. Nunca faltaba la alegría lo mismo durante los ratos de recreo que en los momentos de clase. Y nunca faltaban flores sobre la mesa del salón.

También yo, por mi parte trataba de hacer las clases lo más atractivas que podía. Y ponía en ejecución muchas de las sugestiones contenidas en un libro que se llamaba Practical Selections que vende la casa editora del Normal Instructor. Y allí, así como en otros libros y periódicos, había leido yo que para dividir el pizarrón en trozos iguales sin tener que estar haciendo las rayas verticales todos los días, se debían colocar los borradores colgando de un cordoncillo cuya longitud fuese igual al ancho de la pizarra, amarrado el cordoncito, de un clavo pequeño introducido en el borde superior del pizarrón. Que para enseñar los signos aritméticos a los alumnos menores nada servia mejor para hacer que las formas de tales signos se fijen en la mente de los pequeñuelos, como proveerles de palillos de colores para dejarles que los "hagan" sobre sus pupitres. Basta una caja de palillos de cinco centavos y un poco de anilina de dos colores para tener un juego de palillos que ha de servir para muchos ejercicios variados.

Para impresionar bien la mente de los alumnos mayores con la forma de palabras inglesas de difícil deletreo, como "running, fourth, fifth, government," les copiaba primero la palabra entera y ellos las transcribian a sus papeles. Al otro día las transcribian completas con ver solamente las consonantes de cada palabra, o las vocales, según conviniera mejor. O poniéndoles frente, un sinónimo de la palabra estudiada. O copiando oraciones cuyos pedazos en blanco habían de ser llenados con algunas de las palabras que eran

objeto de estudio.

En aritmética, en el estudio de las tablas de multiplicar, usábamos a veces un círculo con los números desde el 0 hasta el 12 escritos en los bordes de la figura geométrica para servir de multiplicandos mientras que el multiplicador se colocaba en el centro y cada niño tenía que dar media vuelta al círculo; o una vuelta completa si era de los "flojos" en las tablas de multiplicar. O poníamos una escalera de tiza en la pizarra y en cada escalón uno de los multiplicandos mencionados, al paso que el multiplicador se colocaba en una regla con la cual apuntaban los alumnos haciendo que subían la escalera. O un alumno decía las combinaciones y otros contestaban. O se recitaban las tablas poniéndose de pié los alumnos dos a dos y recitando una combinación cada uno. O diciendo el maestro las distintas combinaciones para preguntar a los que parecían estar distraídos.

Es decir que día tras día mi imaginación me proporcionaba una forma nueva para repasar los ejercicios.

Aquellas Navidades (las que pasé en Río Cañas) nunca se me podrán olvidar. Parrandas, aguinaldos, cabalgatas, bailes y fiestas de todo género.

Joven, soltero, de genio alegre y maestro del barrio, bastan estas expresiones para entender todo lo que aquellas pascuas me proporcionaron.

Pero no todo fué flores:

Llegaron las espinas cuando menos las esperaba.

Llegaron en forma de fiebres tercianas que degenaron en paludismo y que me duró desde el 22 de febrero hasta que cambié de residencia allá por el 15 de agosto siguiente.

Para contrarrestar aquellos fríos terribles con que se iniciaba la llegada de la fiebre agotó mi madre toda su ciencía casera y la medicina universitaria todos sus patentizados.

Pero nada. Unas veces me atacaban las fiebres un día sí y otro no.

Otras veces estaban una semana sin mortificarme, y de golpe aparecían, un dia sí, y dos no.

Y por la mañana, por la tarde y a veces por la noche, nunca estaba exento mi cuerpo del ataque desgastador de la fiebre traidora.

Una mañana me atacó en la misma escuela el frío aquél al cual temía yo más que a la misma dolencia.

Y sentí como mis dedos empezaban a perder su calor natural y cómo me pasaba por la espina dorsal algo así como un dedo helado que trazara una linea recta desde la base del cerebro hasta el último cartílago de mi dorso.

Y dos o tres bostezos casi corridos

Y unos como deseos de desperezarme.

Y de pronto, una sacudida que me hizo cerrar las mandíbulas para oponerme al castañeteo de mis dientes.

Senteme tras de la mesa y mis discípulos hicieron un gran silencio.

Habían notado mi dolor, y lo lamentaban con elocuencia; aunque silenciosamente.

Tuve que despacharlos porque sufría horriblemente tratando de contener ante ellos las sacudidas nerviosas del frío de la fiebre , y muchos me esperaron para acompañarme a casa.....

Fueron días de amargura que se aliviaba con el cariño de los amigos, la solicitud de los educandos y

las ofertas de la Junta Escolar que ya me había prometido una escuela graduada para el nuevo curso.

El Dr. Enrique Vallecillo miembro prominente de aquel organismo, me lo había dicho: "Tan pronto se cambie usted para el pueblo se acabarán todas estas dolencias.

Y así fué.....

La mañana de mi viaje hubo lágrimas en el coche que se alejaba .....

Y lágrimas en el barrio.....

¡Hospitalario, generoso, alegre, laborioso barrio de Río Cañas Salichs!

Desde aquel dia iba a comenzar una nueva vida.

Vida de maestro urbano.

¿Era para bien mío?

¿Era para beneficio de mi pueblo y de mi país?

Algún día trataré de contestar estas preguntas.

Fin.